

JUAN LUIS GALLARDO

SANGRE EN LAS DOS LAGUNAS

NOVELA

NOTA PREVIA

El primer libro que leí, cuando apenas había aprendido a hacerlo, fue *El Sabueso de los Baskerville*, de Sir Arthur Conan Doyle. De allí en más, fui un aplicado lector de novelas policiales, las cuales no admito sean consideradas como pertenecientes a un género menor.

Tales circunstancias explican que interviniera yo en uno de los concursos de cuentos policiales que organizaba la extinguida revista *Vea y Lea* por los años 60. De los cuales surgieron autores que alcanzaron justa fama, como Adolfo Pérez Zelaschi y María Angélica Bosco. El año en que participé conformaban el jurado algunos especialistas, los autores premiados anteriormente y un profesor norteamericano experto en literatura hispanoamericana llamado Donald Yates. Mi trabajo tuvo por título *Muerte en Alto Nivel* y obtuvo el 4º lugar. Pero Yates lo votó para el 1º, cosa que me produjo gran satisfacción.

Después de aquella incursión no volví a abordar el género. Hasta componer esta novela, cuya única originalidad quizá consista en tener por escenario el campo de la provincia de Buenos a principios de los 40. Escribirla me permitió confirmar las dificultades que ofrece el intento. De cualquier manera, exitoso el mismo o no, confío en que las páginas siguientes resulten al menos entretenidas. Ruego al lector que las recorra con ánimo benévolo.

J.L.G.

I CORONEL GODOY

-¡A ver, Ciriaco, alcanzame un mate! -requirió Martiniano Galíndez, suboficial a cargo del destacamento policial de Coronel Godoy, un pueblo que se ha quedado a contramano del progreso en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Galíndez es un criollo cincuentón, de pelo y bigote canosos que contrastan con su piel oscura. Tiene rasgos finos y ojos claros, cuyas pupilas están circuidas por un halo blanquecino.

Y su reclamo está dirigido al único preso retenido en el destacamento, conocido sólo por su nombre de pila y huésped habitual del calabozo, al cual procura volver cada vez que lo ponen en libertad pues no tiene dónde ir. De manera que, para recobrar su habitual condición de preso, apenas lo sueltan pesca borracheras fenomenales y promueve pendencias de boliche hasta lograr ser detenido nuevamente. Lleva el pelo largo, bigote cerdoso de puntas caídas, anda en chancletas y habla poco.

Dado que la presencia de Ciriaco forma parte de la vida del destacamento, Galíndez terminó por asignarle tareas, que consisten en mantener limpio y ordenado el calabozo, barrer el patio, pelar papas para Josefa, su mujer, cebar mate y, cuando el personal policial tiene que salir en comisión, atender a quienes concurran para hacer trámites sencillos, como ser certificaciones de domicilio o denuncias de extravíos.

Pero no son tales diligencias el cometido principal del preso. Ya que, hombre de buen sentido y conocedor de la existencia lugareña, Martiniano lo ha tomado por confidente en casos cuyo esclarecimiento presente dificultades. Ello le permite al policía ordenar sus ideas al exponer la

situación a Ciriaco y, entre mate y mate, recoger sus acotaciones, cautas y atinadas.

No es que ahora un caso difícil requiera la atención del suboficial ni lo haya impulsado a tratarlo con el preso. Más que un caso difícil se trata de cierta aprensión que lo intranquiliza, vinculada con un acontecimiento que vendrá a alterar la rutina del poblado.

Coronel Godoy es, según sabemos, un pueblo del sudoeste bonaerense que el progreso soslayó en su avance. Cuenta con una Delegación Municipal de arcaico estilo moderno, una iglesia neogótica donde un cura venido de otro pueblo celebra misa los domingos y una plaza con plátanos podados sin piedad, que exhibe el busto del coronel epónimo. La calle principal, de tierra, tiene cinco cuadras de extensión y sobre ella abren sus puertas un almacén de Ramos Generales, el Club Social y Deportivo *Flores que Surgen* y un boliche con mostrador, donde se despachan bebidas y se expenden los frugales *vicios* que semanalmente vienen a retirar chacareros de la zona, anotado el importe de la compra en una libreta de tapas negras que atestigua el estado de las cuentas del vecindario. La salud de la población está a cargo de una curandera -Ñña Pancha- que tiene bastante de bruja, cura el empacho y la culebrilla y hasta se dice que cuenta con *poderes*, facultad un tanto nebulosa aunque se sugiera que incluye ingredientes sobrenaturales.

A una legua del pueblo se encuentra la estancia *Las Dos Lagunas*, propiedad a la fecha de Alberto White Godoy, descendiente por vía materna del prócer local, Casimiro Godoy, capitán mitrista en tiempos de

las luchas por la unidad nacional, guerrero del Paraguay y comandante cuando la Conquista del Desierto, quien recibiera del gobierno varias leguas de tierra en reconocimiento a los servicios prestados. Dentro de esas tierras se había levantado el *Fortín Cortaderas*, abandonado más tarde en virtud del avance de la línea de frontera que lo despojara de su función defensiva. Sucesiones y ventas redujeron la extensión de *Las Dos Lagunas* que, no obstante ello, incluye aún una respetable cantidad de hectáreas. Respecto a la estancia circularon en la zona versiones imprecisas, que insinuaban la existencia de una maldición que pesaría sobre ella. Pero esas versiones están casi olvidadas a la fecha. Un hijo de Casimiro fundó el pueblo, junto a la estación del Ferrocarril Sud.

Y el motivo que intranquiliza a Martiniano consiste en que Alberto ha sido nominado como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, por el Partido Conservador, en las elecciones que tendrán lugar próximamente. Distinción que celebrará en *Las Dos Lagunas* con un selecto grupo de invitados que, con ese fin, viajará desde Buenos Aires en un par de vagones especiales agregados al tren de pasajeros, los cuales permanecerán en un desvío de la estación durante los festejos.

Ignora Galíndez quiénes serán los invitados, pero le han adelantado que se tratará de personas importantes, cuya seguridad quedará a su cargo mientras se encuentren en Coronel Godoy. Responsabilidad que le inquieta por varias razones.

En primer lugar porque garantizar la seguridad de gente importante, forastera para peor, es un cometido respecto al cual el policía carece de mayor experiencia. Con algunos agregados aún que, pese a resultar un tanto inasibles, contribuyen a aumentar su desazón.

Uno de ellos estriba en que Martiniano no ignora que, desde tiempo atrás, la mafia ha empezado a operar en la Argentina, habiéndose establecido con cierta solidez en la ciudad de Rosario, desde donde proyectó sus ramificaciones hacia otros puntos del país. En tal sentido recuerda claramente el secuestro y posterior asesinato de Abel Ayerza, cuyo cadáver apareciera en un maizal bastantes años antes. Ayerza pertenecía a la mejor sociedad porteña y Martiniano descuenta que entre los invitados de Alberto White Godoy se contarán sujetos distinguidos, aptos para suscitar el interés de los mafiosos. Y, si bien es verdad que últimamente éstos no se han mostrado activos, no puede descartar que no vuelvan a las andadas. Sobre todo teniendo presente que la *Onorata Società* sigue ejerciendo poderosa influencia en los Estados Unidos y en Italia.

Otro motivo que intranquiliza a Martiniano lo constituye la reciente liberación de Catalino Domínguez del penal de Sierra Chica, en Olavarría. Catalino es un asesino con varias muertes en su haber, por algunas de las cuales cumplió varios años de prisión. Pero, como el presidiario era *hombre de acción* del partido al que pertenece White, éste movió influencias para lograr que se lo pusiera en libertad antes de completar su condena. Y, aunque tal detalle induciría a pensar que Catalino suelto no sería un riesgo para Alberto, lo cierto es que un asesino rondando a un grupo de gente importante (y solvente para peor) no dejaba de ser una contingencia alarmante. Además, dado que Catalino era poblador de la zona, resultaba previsible que regresara a ella luego de abandonar el penal.

Para colmo de males, a fin de acentuar cierto malhumor generalizado, un fuerte temporal persiste desde hace varios días. Chaparrones repentinos se alternan con lloviznas intermitentes, dejando intransitables los caminos. Y, por cuanto la ruta afirmada pasa lejos del pueblo, éste ha quedado virtualmente aislado, siendo el caballo y el ferrocarril los únicos medios que lo vinculan con otras localidades.

-Calentá el agua que está medio fría- protestó Martiniano. Y agregó entre dientes – No me gusta el festejo de *Las Dos Lagunas*, no me gustan los vagones especiales, no me gusta tanto forastero, no me gusta que Catalino ande suelto. Nada de eso me gusta... ¿Y vos qué decís, Ciriaco?

-Como decir, no digo nada.

-Claro, vos nunca decís nada.

-Bueno, digo que voy a calentar el agua.

Pese a que el preso no mostraba interés por dialogar, insistió Martiniano:

-¿Vos pensás que Catalino anda en la zona?

-Capaz que sí... Capaz que no.

-Está bien. Andá a calentar el agua nomás

A las diez de la mañana debía partir desde Plaza Constitución el tren de pasajeros al cual estaban agregados los vagones que transportarían hasta Coronel Godoy a los invitados de Alberto White. Se trataba de un vagón dormitorio y un coche comedor, que permanecerían en la estación del pueblo cuando el convoy continuara viaje hacia Bahía Blanca, vía Saavedra.

Poco antes del momento fijado para la partida, los invitados fueron convergiendo en Constitución. La terminal del Ferrocarril Sud se veía menos congestionada que horas antes, cuando una multitud llegaba de extramuros para iniciar su jornada laboral en la ciudad. Empleados y operarios que abandonaban presurosos los trenes suburbanos a fin de abordar el subterráneo, los colectivos y los tranvías que los llevarían hasta los lugares donde se ganan la vida.

A las 9,45 de ese día martes, el sol matutino atravesaba los cristales turbios que iluminan el amplio *hall*, prolongado en las bóvedas traslúcidas que cubren los andenes, tiznadas por el humo de las locomotoras. Los paragolpes donde concluyen las vías recuerdan cañones costeros y alguna zorra eléctrica, cargada de valijas, anuncia su paso mediante los repiques de una campana que el conductor acciona a pedal. El característico olor del carbón de piedra, importado del Sarre, llena aquella catedral ferroviaria, emparentada en su estilo con las de Glasgow, Calcuta o El Cairo. Y un chico, alentado por su madre, se pone en puntas de pie para introducir un níquel en el pedestal que sostiene una locomotora enana, la cual, una vez depositado el óbolo establecido, enciende su faro y hace girar sus ruedas suscitando el entusiasmo infantil.

Los invitados que se aprestan a embarcar rumbo a Coronel Godoy son los siguientes:

El jefe de la partida, Alberto White Godoy, abogado que nunca ejerció, cincuentón en buena forma, que peina a la gomina el poco pelo que le queda, viste elegantemente y actúa con desenvoltura.

Matilde Palacios de White Godoy, esposa de Alberto, cinco años menor que él y que conserva algo de su atractivo juvenil aunque es más distinguida que bonita. Una buena tintura color miel ha detenido la ofensiva de las canas.

Albertito y Patricia White Palacios, hijos de Alberto y Matilde. Distráido y desaliñado él, morena y de ojos oscuros ella.

Griselda Helder, amante de Alberto, una rubia estrepitosa que exige a éste casamiento en Méjico, previo divorcio de ambos, también en Méjico pues a la fecha no existe el divorcio en la Argentina.

Héctor Mariani, marido de Griselda, un gigante campeón de equitación y nadador de aguas abiertas, sin un peso. Sospecha la relación de su mujer con White Godoy.

Oswaldo Grisetti, secretario de White, ambicioso, eficaz y enigmático, maltratado a veces por su patrón.

Mario González Delfino, presidente del Partido Conservador, quien ha perdido a manos de Alberto la nominación para aspirar a gobernar la

provincia de Buenos Aires y teme perder también la presidencia del partido.

Leandro Pimentel, dirigente radical que competirá con White por la gobernación provincial. Usa lentes sin montura y se peina con raya al medio.

Clarita Pimentel, hija de Leandro, químicamente pelirroja.

Horacio López Terrero, médico joven. Prepara un libro sobre crímenes políticos en la Historia Argentina.

Humberto Gigliotti, poderoso empresario que da dinero a conservadores y radicales para resguardar sus intereses en caso de triunfar electoralmente éstos o aquéllos.

Leonor Balmaceda de Gigliotti, mujer de Humberto.

Pitusa Langoni, cronista de sociales del diario *La Nación*, especialista en recoger chismes y rumores. Ha sido invitada para publicitar los festejos de *Las Dos Lagunas*.

El Bebe Laurencena, Esteban Lucio Pirovano y Marcos Devoto. Terceto de inútiles que juegan al póker con White en el Jockey Club. Laurencena le debe dinero a White.

Conjurado el sobresalto producido por la llegada tardía de Laurencena, Pirovano y Devoto, el contingente de invitados se fue acomodando en los dos vagones destinados a ellos en el tren a punto de partir. Una vez ubicado el equipaje en los camarotes asignados, casi todos optaron por instalarse en el coche comedor.

La mayoría ha elegido una vestimenta elegante, con un toque rural. Algunas de las mujeres llevan pantalones, varios hombres *breeches* o *knickers*, cuando no bombachas y botas.

A las 10 y 10 en punto suena una campana, luego un silbato, resopla la locomotora, se entrechocan los paragolpes del convoy y, envuelto en una nube de vapor, el tren se pone en movimiento.

Bajas las señales para franquearle paso, avanza por el dédalo de vías que convergen en los andenes de Plaza Constitución. Tapias con leyendas electorales desteñidas, fondos de casas modestas, las ramas de alguna higuera y parras sucias de hollín desfilan tras las ventanillas, cada vez más rápidamente.

Y, pronto, los parantes fugitivos de un puente dividen la visión del Riachuelo, cuyas aguas oleosas bañan los muelles de un frigorífico. Atrás queda la importante estación Temperley y los suburbios porteños van perdiendo densidad, preludiando la proximidad del campo. El cielo está gris y, al rato, una fina llovizna difumina el paisaje.

Aunque no hace mucho que han desayunado, los invitados de White inician sus pedidos a los camareros. Café, jerez y algún whisky prematuro. Afuera, matas de cortadera empiezan a acompañar el trazado

de los rieles y, tras el camino de tierra paralelo a ellos, un horizonte cada vez más amplio se esfuma en el gris de la garúa.

-Yo creo que a Alemania no la para nadie- sentencia Leandro Pimentel, en referencia al curso de la guerra que desgarró Europa. -Y les digo más- agrega. -Su embestida no se va a detener hasta Moscú.

-Está por verse- retruca White Godoy. -Con la entrada en guerra de los Estados Unidos la cosa cambiará. Lo mismo pasó en la del catorce...

-Vaya uno a saber- dice Humberto Gigliotti, poco amigo de malquistarse con nadie.

-Pero, al margen de lo que está pasando en el mundo- vuelve a opinar Pimentel -lo que debe preocuparnos es lo que pasa aquí. ¿Cuánto tiempo se va a prologar esta situación, con el presidente Ortiz impedido para desempeñar sus funciones y Castillo ejerciendo la presidencia sin contar con la libertad de nombrar un gabinete propio?

-Sí, la verdad es que es una situación irregular. Con el agregado de que está de por medio la participación del país en la guerra. Yo considero que hay que ponerse de una vez del lado de los aliados- afirma White.

-Creo en cambio que hay que mantener la neutralidad- dictamina Pimentel. -Y tengo entendido que esa es la posición del vicepresidente Castillo.

-Del vicepresidente y del GOU, pero no la mía- insiste White.

-¿Del GOU?

- Sí, hombre, de la logia de oficiales que está operando sobre el gobierno.

-Ignoraba su existencia.

-Pues no está muy informado, amigo.

En otra mesa las conversaciones circulan por carriles diferentes.

-¿Y qué creés vos que se va a llevar en Mar del Plata el verano próximo? –pregunta Griselda Helder a Pitusa Langoni.

-Mirá, por lo que leí en *Atlántida* parece que la moda no cambiará mucho este verano.

Por su parte, Laurencena, Pirovano y Devoto se han trezado en un partido de truco, con Mariani como cuarto partícipe.

Pasado el mediodía ha completado el tren parte del trayecto a Coronel Godoy. La tormenta que lo acompañara desde poco después de su partida no tiene miras de amainar. Por el contrario, persiste la llovizna que, a ratos, se transforma en aguacero. Grandes charcos brillan en los potreros.

Al rato, un guarda de impecable uniforme gris anuncia que se servirá el almuerzo. Dos pañuelos, uno rojo y otro verde, asoman del bolsillo superior de su saco.

Aunque se trate de un servicio especial, propio de un vagón especial, el almuerzo no difiere mayormente de los almuerzos que se sirven habitualmente en los coches comedores ferroviarios. Un plato de fiambres con ensalada rusa, una fragante sopa de verduras contenida en boles plateados con las iniciales *FCS*, un cuarto de pollo veterano guarnecido por papas fritas, queso y dulce como postre, café servido con destreza, a fin de no derramar ni una gota pese a los bandazos de la marcha. Salsa inglesa para sazonar las viandas y vino *La Colina*, *rubí* para regarlas.

Reunidos los comensales a su antojo, forman grupos relativamente heterogéneos. En una mesa están Alberto, su mujer, González Delfino y Pimentel; en otra Grisetti, Mariani, Clarita Pimentel y Pirovano; comparten otra López Terrero, Laurencena y el matrimonio Gigliotti; ocupan otra. Griselda, Pitusa y Albertito White Palacios; Patricia y Devoto son los únicos ocupantes de la última mesa, próxima al bar que se encuentra al final del coche.

Ráfagas de conversaciones inconexas se entrecruzan y aletean sobre las mesas.

a mí siempre me pareció un guarango

lo conseguí en una liquidación de Harrod's

qué idea la de Alberto: festejar antes de las elecciones

espero que deje de llover

a Matilde no le va el violeta

cuando corra, jugale unos boletos a Ventarrón, que es fija

mirala a la mosquita muerta de Griselda. Y su marido que ni se entera

dígame López ¿usted cree que a Moreno lo envenenaron?

¿cuántos habitantes tiene Coronel Godoy?

hace años que no ando a caballo

¿cuánto creés que durará la guerra?

a quién se le ocurre ponerse breeches para tomar un tren

Se está sirviendo el postre cuando, con manifiesto afán de ponerse en evidencia, copa en mano, Griselda se pone de pie, se acerca a la mesa de White y, pellizcándole la mejilla, le dice:

-¡Qué bien que la estamos pasando! ¡Y qué bien que la vamos a pasar!

Los presentes observan con sorpresa e incredulidad. White contiene a duras penas un arranque de fastidio y su mujer se levanta, retirándose. En medio de un silencio molesto todos se van dirigiendo a sus camarotes, dando por concluido el almuerzo, abruptamente.

Promedia la tarde cuando el guarda rasca la ventanilla interna de los camarotes y anuncia:

¡Próxima estación: Coronel Godoy!

El tren, en efecto, se aproxima a destino cumpliendo exactamente el horario establecido. Aunque sigue nublado, ya no llueve. Y se ha levantado un viento sur que empieza a arrear las nubes, permitiendo confiar en que mejorará el tiempo. Los invitados de White, aún adormilados después de la siesta, se lavan la cara en el lavatorio rebatible de sus camarotes, donde un pequeño letrero informa: *dentro del pedestal se encuentra la bacinilla*. En el tanque situado bajo el techo del vagón, el agua produce gargarismos, agitada por el traqueteo del tren. Disminuye la velocidad con que pasan los postes del telégrafo junto al convoy. Y la máquina anuncia su aproximación mediante dos largos silbidos. Un monte azulado se dibuja al costado de las vías.

Martiniano Galíndez, acompañado por uno de los agentes a sus órdenes, aguarda la llegada del tren que viene de Buenos Aires con los invitados de Alberto White. No se ha aplacado la vaga intranquilidad que

experimenta y recorre el andén nerviosamente. En éste aguarda también el Jefe de Estación; un comisionista que se propone viajar a Guaminí; tres señoritas casaderas que pasean tomadas del brazo; dos señoras con familia en Bahía Blanca, prontas a embarcar; y Justino Acosta, mayordomo de *Las Dos Lagunas*, que, con varios peones, una volanta, un sulky, un *tonneau* y caballos de tiro, se ha hecho presente para recibir a los patrones y sus invitados, ya que los caminos están intransitables para automóviles y camiones. Si bien ya no llueve, todavía caen gotas del alero que cubre parte del andén. Y el minuterero del gran reloj que preside la Sala de Espera avanza a saltitos isócronos.

Por fin, en el momento previsto, una columna de humo se va dibujando allá donde las vías convergen rumbo al horizonte. Cierta agitación cunde entre quienes aguardan, mientras alguien reúne varios tarros de leche en el lugar donde se supone que habrá de detenerse el furgón. Ha bajado la señal para autorizar el ingreso de la formación. Que llega envuelta en una nube de vapor y haciendo temblar el suelo a su paso. Una vez inmóvil, los pasajeros empiezan a descender, bulliciosos, mientras los peones de la estancia les ayudan a acarrear las valijas. Martiniano observa la escena.

-¿Cómo te va, Justino?- saluda Alberto.

-Bien nomás, patrón. ¿Tuvo buen viaje?

-Muy bueno. ¿Trajiste la volanta, el sulky y el *tonneau*?

-Sí. Y algún caballo de tiro para los que sepan montar.

-¿Cómo está el camino?

-Malísimo, hace días que llueve.

-Pero parece que va limpiando.

-Ahá. Parece.

Concluido el descenso de pasajeros, inicia la locomotora una serie de complicadas maniobras para situar los vagones especiales en un desvío. Operación que requiere enganches y desenganches, insumiendo un buen rato. Hasta que, finalizada y previo un toque de campana, el tren prosigue su viaje.

II

UNA ESTANCIA ARGENTINA

Limpio finalmente de nubarrones el poniente, un sol rojo - premonitoriamente sangriento- desciende hacia la línea del horizonte incendiando la llanura. El conjunto variopinto que forman los invitados de White Godoy se ha repartido en los carruajes y avanza hacia *Las Dos Lagunas* en medio del barrial. Los hijos del dueño de casa, Héctor Mariani y Pirovano han preferido valerse del caballo. También van montados los peones, dispuestos a dar una mano si algunos de los carruajes se atascara.

La tensión provocada por Griselda al fin del almuerzo ha cedido y todos disfrutan del programa organizado por White. Se cruzan chistes que provocan carcajadas, se hacen comentarios más o menos ingeniosos, se relatan anécdotas. En una palabra, se disfruta de la vida y nadie sospecha que, muy pronto, la muerte se hará presente en la estancia adonde se dirigen alegremente.

No ha recorrido el grupo la mitad del trayecto cuando la volanta se desliza hacia la cuneta y una de sus ruedas se hunde en ella, inclinándose el vehículo peligrosamente. Hay exclamaciones y gritos de alarma, un peón coloca una cuarta y la engancha a la cincha de su recado, acordando con el conductor de la volanta la simultaneidad del tirón que, realizado al unísono y con firmeza, permite zafar al coche de su apurada situación. Todos festejan el feliz desenlace del incidente y el cortejo continúa la marcha hacia un gran monte que ya se observa claramente al costado derecho del camino.

Atardece cuando los viajeros enfrentan el portón de entrada, que un jinete ha abierto de par de par. El mismo está formado por lanzas de hierro verticales y sus goznes se insertan en dos pilares de mampostería coronados por sendas piñas de piedra. En uno de ellos lucen el nombre y la marca del establecimiento.

Singular asentamiento rural es la estancia argentina. Diferente al rancho norteamericano y al fundo chileno; distinta al cortijo andaluz y a la hacienda mejicana, con algo sin embargo de todos ellos, también la estancia admite distinciones que impiden generalizar a su respecto. Pues existió la estancia-bastión, afirmada más allá de la orilla del desierto para expandir la patria, con su mirador destinado a atisbar la proximidad del malón y con su cañoncito de fierro emplazado en el talud perimetral del casco. Y existió también la llamada estancia de trabajo, dirigida a producir con prescindencia de otros cometidos. Y la estancia principesca, con palacetes de estilo francés y parques conformados por árboles de distinguida filiación botánica. Y la estancia mal administrada desde el extranjero para encaminarla hacia la inevitable bancarrota. Y, por último, la pequeña estancia donde se fueron a vivir los hijos laboriosos de abuelos quebrados, en un retorno esforzado y promisorio.

Estancia argentina, abierta hoy a la curiosidad del turista ávido de atesorar “souvenirs” vinculados con gauchos de pacotilla.

A partir del portón de *Las Dos Lagunas* se extiende una calle ancha de cedros y lambertianas, que conduce hasta un guardaganado donde comienza el parque. Masas de álamos plateados, paraísos y pinos se alzan a uno y otro lado de la trocha llena de charcos.

Superados los primeros grupos de árboles aparecen algunas abras generosas, que otorgan perspectiva a los macizos cuyos distintos follajes confieren variedad a la enorme plantación, ceñida por barreras protectoras de eucaliptos y de acacias.

-Che, Alberto ¿quién diseñó este parque? -se interesó González Delfino.

-No estoy seguro, pero papá decía que el proyecto es de Thays y que el mismo Thays supervisó las plantaciones.

-Se ve que lo hizo alguien con mucha idea.

Después de atravesar un grupo de pinos que embalsaman la tarde de aroma a resina, los viajeros dejan a un lado varias magnolias y un conjunto de arcos que sombrea una cancha de tenis, bastante descuidada.

-Para ese lado está la granja- informa el dueño de casa, tendiendo el brazo.

-¿Y la tenés en explotación?- pregunta uno.

-No. En una época hubo gallinas, se criaban conejos, había colmenas y funcionaba una cremería y una pequeña fábrica de quesos. Pero poco a

poco la fuimos liquidando pues no daba más que pérdidas. Mamá lo lamentó mucho porque le encantaba y decía que le hacía acordar a la campiña francesa. Papá era más práctico.

-¿Y ya no queda nada?

-Algo queda. Construcciones abandonadas, alambrados caídos y un molino que todavía saca agua.

-Parece mentira, che. Estamos en decadencia, nuestro mundo se viene abajo.

-Tampoco nosotros somos lo que éramos.

Cercano a la casa principal el monte ralea. En vez de grupos tupidos aparecen árboles aislados o formando pequeños conjuntos. Tres olmos corpulentos, un roble, dos tilos, algunos cedros. Y, rodeado de césped prolijamente cortado, el edificio principal del casco. Que es un caserón de estilo vasco, con techos de teja, falsas vigas negras adosadas a las paredes blancas y postigos azules en las ventanas. Un sendero de grava conduce hasta la puerta principal y, distribuidas sobre el césped, algunas estatuas representan figuras mitológicas entre canteros de hortensias y caléndulas. Centra los jardines una fuente de hierro coronada por un chorro bailarín. Cerca de la casa principal hay un pabellón para el servicio y un pequeño chalet que oficia de bar, con altos taburetes y, tendida encima de la barra, una cuerda que sostiene banderines de señales náuticas. Más lejos, un

molino de elevada torre, cubierta por enredaderas, emerge sobre las frondas.

-Alberto, esto es precioso -cumplimenta Pimentel al anfitrión.

-Sí, es muy lindo. Ya los llevaré a dar una vuelta para conocer.

Se apean los invitados, dejan sus valijas cerca de la entrada quienes pernoctarán allí, y, dirigidos por White, inician todos la anunciada recorrida. Aunque el sol ya se ha puesto prolóngase un ocaso luminoso.

En las proximidades de la casa, oculta por los árboles, se alza la usina que, anteriormente, suministrara electricidad al casco mediante un motor de gran tamaño. Pero, según explicó Alberto, ahora se halla fuera de uso pues, mediante un tendido de cables aéreos, la estancia recibe ahora la electricidad desde el pueblo:

-Sale más barato- aclara White.

-Y te quita independencia -acota López Terrero.

-Sí: pero hay que cuidar los pesos.

Más allá de la usina abandonada comienza el sector de galpones, conformado por dos de éstos, carnicería, casa de peones y vivienda del mayordomo. Sobre la puerta del galpón que alberga la volanta y el *tonneau* luce una cabeza de caballo vaciada en piedra-parís. El palenque cuenta con techo de junco. Y en el garage se ven un automóvil Chevrolet 1939 y una *rural* Ford con carrocería de madera.

En dirección contraria a los galpones y apenas superado el sector donde el final del césped oficia de frontera entre los jardines y el monte, detrás de un grupo de paraísos y otro de álamos carolina, como si fuera la casamata avanzada de las fortificaciones de un castillo, aparece una glorieta algo elevada sobre el suelo, con barandas y techo de zinc guarnecido por una vuelta de cenefa. Espesos arbustos la rodean, ocultando el zócalo.

-Bueno, señores, ahora a casa para tomar unos tragos antes que se haga tarde.

-¡Vamos, vamos! -aprueba la concurrencia, ya aburrida del *tour* informativo realizado a la zaga del anfitrión.

Con todas las luces encendidas y un par de troncos ardiendo en la chimenea, el *living* de *Las Dos Lagunas* resulta sumamente acogedor. Aunque está comenzando el otoño, todavía no hace frío. Sin embargo, la dueña de casa ha dispuesto prender la chimenea, más por razones vinculadas con la estética que con la temperatura. Y su decisión parece acertada, pues el movimiento de las llamas y el vuelo repentino de las chispas configuran una atractiva escenografía. Sobre el hogar de mármol una repisa sostiene varias copas, obtenidas en lejanas exposiciones de la Sociedad Rural. Y, más arriba, brillan sus ojos de vidrio en la cabeza de un jabalí cobrado en el Parque Luro, cuando no se llamaba así y aún pertenecía a Pedro Luro.

Una mesa cubierta de revistas, lámparas con pantalla, sillones mullidos y, en una vitrina, pájaros bonaerenses embalsamados. Algunos cuadros de buena factura, mostrando rincones de París y bosques ingleses. Tres dibujos de Alberto Güiraldes. Junto a la puerta, un cartucho de cañón muy lustrado conteniendo paraguas, bastones y tres arcaicos palos de golf. El arranque de una escalera que conduce al piso superior ocupa uno de los rincones.

Anejo al *living* se alcanza a ver un escritorio, en una de cuyas paredes luce un pizarrón con el plano de los potreros en que está dividido el campo, un teléfono a manivela y una sólida caja de hierro, pintada de verde. En otra, una panoplia bien provista de armas: un *Mauser* modelo argentino, dos *Winchester* 44 a palanca, un pistolón del 12 para cazar perdices desde el coche, una escopeta del 12 grande y otra del 16, amén de un formidable fusil *Savage* para caza mayor. Al lado de la panoplia, una mesita con cajas de balas y cartuchos. Un retrato al óleo, de inferior calidad, representando al coronel Godoy, genearca familiar y prócer lugareño.

Comunicado por una arcada está el comedor, con una mesa para 18 comensales presidida por una sopera de plata. Un aparador con jarras y tazas de té; colgados, una naturaleza muerta y un *bodegón*; platos de diseño diverso distribuidos en el chaflán de un ángulo y una cortina amarilla cubriendo el amplio ventanal que da al jardín posterior de la casa. Una puerta, cerrada, vincula el comedor con el *office* y la cocina.

El murmullo de las conversaciones llena el ambiente, que huele a leña, a whisky, a campari y a tabaco rubio.

El dueño de casa circula de grupo en grupo; su mujer conversa con Leonor Gigliotti, procurando que no se sienta incómoda entre gente que casi no conoce. González Delfino lo hace con Pimentel y Marcos Devoto. Patricia White comenta las novedades del día con López Terrero, que se muestra especialmente atento con ella, detalle que, naturalmente, no escapa a la percepción de su madre. Griselda procura llamar la atención, parada en un rincón, vaso de whisky en mano y haciendo anillos con el humo de su cigarrillo egipcio; teñida de rubio, está muy tostada y lleva un vestido escotado que se acaba de poner. Desde otro rincón, su marido la observa, adusto. Marita Pimentel habla con Osvaldo Grisetti y Albertito White. Humberto Gigliotti con Pitusa Langoni, que le tira la lengua. Laurencena y Pirovano beben como cosacos.

Pirovano le pregunta a Laurencena:

-Che ¿es cierto que le debés un montón de plata a Alberto?

-Y... hace rato que no ligo jugando al póker.

-Pero ¿es plata grande?

-Sí, no voy a ocultarte que es un toco.

-¡A la pucha! ¿Qué vas a hacer?

-Todavía no sé.

Más allá, se interesa López Terrero:

-¿De chica venías seguido al campo?

-Sí- contesta Patricia -el campo siempre me encantó. Por eso me fastidiaba cuando papá resolvía veranear en Mar del Plata en vez de hacerlo aquí... ¿Y vos? Contame un poco de tu vida.

-Sabés que soy médico, a la mañana voy al Hospital Fernández y a la tarde atiendo el consultorio. Buena parte del tiempo libre lo dedico a preparar el libro que estoy escribiendo, sobre los crímenes políticos en la Argentina.

-El tema es medio siniestro.

-Puede ser. Pero resulta apasionante.

-¿Y cuál es el primer crimen que va a figurar en tu libro?

-La muerte del Maestro de Campo Juan Osorio, a quien mandó apuñalar Mendoza en una playa del Brasil, cuando venían para el Río de la Plata. Mendoza creyó que Osorio preparaba un motín contra él pero no era así. La de Mendoza fue una expedición perseguida por el infortunio...

Marita Pimentel pondera la casa a Albertito White y luego, dirigiéndose a Grisetti le pregunta:

-¿Hace mucho que trabaja con el padre de Albertito?

-Más de diez años.

-Estará enterado de muchas cosas tuyas.

-De algunas.

Pitusa sondea a Gigliotti:

-Se dice que usted colabora con varios partidos políticos.

-No, no con varios partidos. Con varias personas. A mí lo que me interesa es apoyar a figuras que significan promesas para la vida pública nacional. De cualquier partido que sean.

-Aquí ha de haber varios de sus protegidos.

-Tengo por norma no revelar a quiénes ayudo... Es un secreto profesional.

Vivo ejemplo de convivencia cívica, conversan González Delfino, presidente del Partido Conservador, con Leandro Pimentel, dirigente radical que competirá con los conservadores por la gobernación bonaerense.

-¿Alguna vez lo había invitado un adversario a fin de festejar que lo hayan nominado para enfrentarse en una elección? -quiso saber González Delfino.

-No, realmente no. Es un gran gesto de Alberto, que demuestra el grado de madurez que han alcanzado los partidos en nuestro país.

-¿Y a usted le conviene como rival?

-Vaya pregunta. Pero le seré sincero. Hubiera preferido que no fuera él mi contrario. Es un hombre brillante, con una trayectoria impecable, a quien no me va a resultar fácil derrotar. Para mí lo ideal sería que, a último momento, White optara por ser candidato a senador y ustedes se vieran obligados a reemplazarlo, con una candidatura armada de apuro.

-Le agradezco la franqueza. ¿Y si fuera yo su rival en vez de Alberto?

-Usted sería un rival tan duro como White -respondió Pimentel, halagador -Con un detalle a favor suyo: usted tiene más experiencia en estas cosas.

-Bueno, en cualquier caso, el hecho es que la Convención partidaria lo eligió a Alberto.

-No siempre las Convenciones aciertan.

Los grupos se hacen y deshacen, se componen, descomponen y recomponen. Dos mozos circulan con bandejas de bocadillos y se encargan de mantener llenos los vasos. El número de circunstantes y el fuego de la chimenea han hecho subir la temperatura. Alguien abre las puerta-ventanas que comunican con la terraza que antecede al césped. En la terraza hay sillones de madera verde con almohadones color naranja. López Terrero y Patricia se sientan en una mecedora de tres plazas con

baldaquino de lona. Varios de los invitados salen y siguen conversando a la luz de una luna espléndida que brilla en lo alto. Se ha levantado viento, se agitan las ramas de los árboles próximos y de ellas se desprenden las primeras hojas que el otoño pinta de dorado.

Pasada la medianoche, Grisetti pide silencio e invita a los presentes para que se reúnan, pues el dueño de casa y Pimentel desean realizar un brindis. Se sirve champagne. Frente a la chimenea, bajo la cabeza embalsamada del jabalí, White Godoy y Leandro Pimentel levantan sus copas. Dice Leandro:

Señores: es para mí un honor brindar por nuestro anfitrión, con quien nos enfrentaremos próximamente en una puja electoral que descuento resultará un modelo de pulcritud cívica. El sólo hecho de vernos aquí reunidos constituye una notable expresión de madurez política que me congratulo en celebrar. De modo que alzo mi copa por la salud de mi distinguido adversario y por la salud de las instituciones de la República.

Aplausos.

Toma la posta White y responde:

Mi estimado Leandro. Ya hace tiempo descubrí que, de vez en cuando, las personas responden al nombre que llevan, como si hubieran recibido un mandato al momento de serles impuesto. Creo que ese es tu caso. En virtud de tradiciones familiares te impusieron el nombre de una figura histórica, ligada indisolublemente a la trayectoria del viejo partido donde militaste desde tu juventud. Y has honrado ese nombre. Hasta el

punto de considerar yo un verdadero privilegio poder competir contigo en la arena electoral. Seremos adversarios pero jamás enemigos. Y, sea quien sea el que obtenga la mayor cantidad de votos en las urnas, radical o conservador, sólo habrá triunfado la democracia. Salud.

Renovados aplausos. Se forma un borbollón de gente y los presentes pugnan por abrazar a los oradores, palmeándoles enérgicamente la espalda. Marcos Devoto comenta:

-¡Mamita, qué labia!

Grisetti, eficaz como siempre, va dejando caer al pasar:

-Ya es tarde y ustedes estarán cansados. Los que duerman en el tren tendrán que ir volviendo. Los carruajes esperan.

Algunos apuran una última copa y van saliendo. La velada ha sido un éxito. Y nadie advierte que Alberto no se encuentra allí para despedir a sus invitados. De los cuales también falta alguno.

III

SANGRE EN “LAS DOS LAGUNAS”

White Godoy y su mujer dormían en cuartos separados. Ésta se despertó tarde, dispuesta a desayunar en el comedor. Se puso una bata y se asomó al cuarto de su marido. Que está vacío y la cama sin abrir. En el baño no hay nadie. Sobresaltada, se viste rápidamente y baja a la cocina, preguntando allí si alguien ha visto a Alberto. Nadie lo ha visto.

Presa de una grave sospecha, se dirige a la habitación destinada a Griselda Helder y su marido. Golpea la puerta. No hay respuesta. Vuelve a golpear enérgica e inútilmente. Abre la puerta, comprobando que allí no hay nadie y que las camas no han sido utilizadas. Su alarma sube de tono. Manda llamar a Grisetti y le pregunta:

-¿Sabe usted algo de mi marido y del matrimonio Mariani?

-No ¿por qué?

-Porque no están aquí.

-¿Cómo que no están?

-No están. Ninguno de ellos ha dormido en su cuarto.

-No puede ser.

-No puede ser pero es.

-Permítame revisar las habitaciones, señora.

-Suba nomás.

Verifica Grisetti que no hay rastros de los ausentes. En el cuarto de los Mariani sólo una de las valijas ha sido abierta, probablemente para que Griselda sacara de ella el llamativo vestido que llevaba puesto durante el copetín de la víspera.

Mientras esto ocurría en la estancia, los huéspedes alojados en los vagones estacionados en vía muerta se movilizan. Uno a uno van llegando al coche comedor para desayunar. Exhiben ojeras y caras de sueño. El café con leche y los panes con manteca y mermelada se encargan de mejorar los aspectos. Gigliotti le comenta a su mujer:

-Che, qué fiestón. Si lo de anoche fue el aperitivo, me imagino lo que será el almuerzo de hoy.

-Si, estuvo de lo más agradable. Pero ¿te fijaste en Griselda? Se pasó la noche tratando de llamar la atención.

López Terrero conversa con González Delfino, destacando también las excelencias de la velada que han disfrutado. Dice el médico:

-Realmente fueron ejemplares los brindis de Pimentel y Alberto White. Si así se manejaran siempre los asuntos políticos en el país ¡cómo mejorarían las cosas!

-Es cierto. Aunque hay que tener en cuenta que esta vez se han dado circunstancias excepcionales: una buena relación personal entre los candidatos, un marco especialmente adecuado, una concurrencia selecta...

Cumplida la orden impartida por Martiniano, uno de los agentes del destacamento se retira de la estación, en cuyo andén ha pasado la noche, vigilando subrepticamente los vagones estacionados en el desvío.

Poco después llegan los carruajes enviados desde la estancia y el grupo de invitados que no ha pernoctado en ella parte hacia allí, para disfrutar del gran asado que constituye el núcleo de los festejos.

También se dirigen a *Las Dos Lagunas* el suboficial Galíndez, otro de los agentes a sus órdenes y algunos vecinos caracterizados de Coronel Godoy. Unos van a caballo, otros en sulky y, en una *americana* tirada por dos yeguas, *El Gringo* Petorutti, titular de la autoridad comunal.

El cielo comienza a encapotarse nuevamente.

En la estancia ha terminado por difundirse la inexplicable ausencia del dueño de casa, de Griselda Helder y de su marido. Circulan hipótesis y comentarios de todo tipo, no siempre benévolos. Enfrentada a la necesidad de tomar una decisión, Matilde Palacios, resuelve seguir

adelante con el programa previsto, esperando contra toda esperanza que las cosas se resuelvan por sí solas. Se dirige a Grisetti:

-En cuanto lleguen los demás invitados, haga servir una copa y disponga que todo el mundo se sienta enseguida para comer el asado. Y explíqueme a Galíndez lo que ha pasado.

Las disposiciones de Matilde se cumplen al pie de la letra. Llegan los carruajes, se ofrece un trago a los invitados y, rápidamente, se anuncia a éstos que las mesas donde se servirá el asado con cuero los están esperando. Una molesta intranquilidad satura el ambiente.

Más allá de las puerta-ventanas del escritorio, en la terraza contigua, se han dispuesto tres largas mesas, confeccionadas con tablones montados sobre caballetes y cubiertas por impecables manteles azules. Bancos corridos flanquean las mesas, decoradas con flores. Servilletas, cubiertos de *vermeil*, platos con la marca de la estancia, vasos de cristal, jarras de vino y de sangría.

Una vuelta de empanadas rompe el fuego. Y, mientras los comensales dan cuenta de ellas, Grisetti se acerca a Martiniano y, mediante una señal, le invita a hacer un aparte.

-Oficial...- le dice.

-Suboficial.

-Suboficial. Estamos viviendo una situación difícil.

-¿Difícil?

-Difícil es sólo una manera tranquilizadora de mencionar las cosas. Que parecen ser graves.

-¿Y qué es lo que está pasando, amigo? Suelte el rollo.

-Desaparecieron tres personas, a las que nadie ha visto desde anoche.

-¿Quiénes son?

-El patrón, la señora Griselda Helder y su marido, Héctor Mariani.

-¡A la pucha!

El policía, que está de uniforme, se saca la gorra y, con expresión perpleja, desliza el dedo índice entre el abundante pelo blanco mientras reflexiona velozmente. Después pregunta:

-¿Cuándo fue la última vez que los vieron?

-No hemos hechos muchas preguntas, de modo que no está claro el momento en que desaparecieron. Sólo puedo asegurarle que, hacia medianoche, el doctor White Godoy brindó con el doctor Pimentel y los dos dijeron un discursito.

-¿Y cuándo se retiraron los invitados que durmieron en el tren?

-Un buen rato después de ese brindis. Creo que el doctor White no los despidió.

-Bueno, más tarde habrá que interrogar a todo el mundo. Por ahora, sigan adelante con el asado. Yo voy a revisar por ahí, a ver qué es lo que encuentro.

Se alejó Grisetti, murmuró algo al oído de la dueña de casa y ocupó su lugar, en un extremo de la mesa. Enseguida llegó el asado con cuero y alguien, sin mayor entusiasmo, pide el consabido aplauso para el asador. El ambiente es opresor.

Tácitamente autorizado para meterse en todas partes, Martiniano revisa someramente la casa y, luego, empieza a recorrer sus inmediaciones.

Se están sirviendo los pastelitos de dulce cuando el policía se suma a los comensales, ocupa un lugar vacío y acepta dos pasteles que le ofrecen. Apura un trago de vino y, bastante cohibido pues lo suyo no es hablar en público, se pone de pie pidiendo silencio con un gesto. Matilde refuerza el pedido.

-Señores- arranca Galíndez-, ya saben ustedes que aquí han pasado cosas raras. Y estoy en condiciones de adelantarles que no sólo son raras sino muy serias. Así que les causaré algunas molestias pues naides debe retirarse sin mi autorización. Dentro de un rato yo me voy a acomodar en el escritorio y ustedes pasarán, uno a uno, para contarme lo que hicieron

y lo que vieron anoche, a eso de la medianoche. No sospecho de naide pero entre nosotros puede haber un criminal. Así que hagan memoria y no se alejen.

Al policía, pese a su continente modesto, le asiste un aire de autoridad cuando imparte sus instrucciones, que todos acatan sin chistar. Llama enseguida al agente que lo ha acompañado y le dice:

-Andate hasta el pueblo y traémelo al Ciriaco, que lo quiero acá.

-Pero está a cargo del destacamento.

-Quedate vos a cargo y que vuelva en tu caballo.

Después se dirige a la dueña de casa y le pregunta:

-¿Hay algún médico entre sus invitados?

-Sí. El doctor López Terrero. Es ese de camisa celeste.

Mientras tanto el servicio levanta platos, copas y cubiertos. Galíndez se acerca al médico:

-¿Doctor?

-Oficial.

-Suboficial. ¿Puede acompañarme? Necesito sus servicios.

-Cómo no.

Galíndez y López Terrero rodean la casa, toman un caminito que serpentea entre la *vincapervinca*, bajo las copas de un grupo de magnolias. Dejan atrás un macizo de arbustos y enfrentan el edificio de la usina fuera de uso. Es una casita con techo de tejas a dos aguas. Un caño asoma de una de las paredes, parcialmente ennegrecida por la salida de los gases de escape. El policía empuja la puerta y franquea el paso al médico.

El interior está en penumbras, pues los vidrios de las dos ventanitas que lo alumbran se encuentran cubiertos de polvo. Una plancha vertical de mármol sirve de apoyo a un voltímetro, un amperímetro y un disyuntor de cobre. El motor, enorme, cuenta con un gran volante, parte de cuyo diámetro se hunde en una cavidad bajo el nivel del piso. Caído, con la cabeza apoyada contra el volante, aparece el cadáver de White Godoy en medio de un charco de sangre.

-Lo encontré hace un rato, en la recorrida que hice ¿Puede calcular *usté* la hora del fallecimiento?

Apenas repuesto del sobresalto que le causara la vista del muerto, respondió López Terrero:

-Vea, comisario...

-No soy comisario.

-Es igual. Yo tampoco soy médico forense ni estoy acostumbrado a hacer el trabajo que hacen ellos. Pero trataré de ayudarlo.

Se inclinó sobre el difunto y verificó que le habían partido el corazón de una limpia puñalada. Realizó luego algunas maniobras y finalmente dijo:

-Con todas las reservas del caso, diría que han pasado más de doce horas desde que lo mataron a Alberto. Lo cual colocaría el momento de la muerte cerca de la medianoche, un poco antes o un poco después.

-Gracias. Y guarde el secreto por ahora.

El escritorio -un mueble de estilo inglés, con tablero de cuero verde- se encuentra bajo el cuadro del coronel Godoy, frente a la puerta que vincula la habitación con el *living room*. Sobre la pared izquierda está la caja de hierro, la panoplia y la mesita con munición para las armas allí expuestas. Martiniano se sienta detrás del escritorio e invita a pasar al primero de los testigos que se propone interrogar y que es Leandro Pimentel

Pero, antes que éste responda al llamado, se adelanta Matilde Palacios, que aún ignora su condición de viuda, y solicita ser la primera en declarar.

-Yo no pensaba llamarla *entuvía*- le dice Martiniano.

-Pero a mí sí me interesa hablar con usted, antes que se entere de algunas cosas por terceros.

-Usted dirá, señora.

-En cuanto los invitados empiecen a declarar le comentarán, seguramente, que resulta sugestivo que hayan desaparecido al mismo tiempo mi marido, Griselda Helder y el esposo de ésta.

-¿Por qué sugestivo?

-Porque mi marido anda enredado con Griselda, según lo sabe todo Buenos Aires. Aunque yo aparente ignorarlo. Y le diré más: parece que ella lo está apretando para que me abandone y casarse con él en Méjico. Eso le da un carácter especial a la desaparición de ambos. Y pensé que usted debía saberlo, de mi boca y sin chismes agregados.

-Le agradezco la franqueza. Tiene razón, es un dato importante. Y, ya que estamos, cuénteme lo que vio anoche, tratando de recordar horas y circunstancias.

-Vi cómo la velada se desarrollaba animadamente, a Alberto circulando de grupo en grupo, a Griselda haciéndose notar, a su marido observando lo que pasaba. En algún momento dejé de verlos a los tres. No me pregunte la hora porque no puse mucha atención en el detalle. Sí le puedo decir que, cerca de la medianoche, Alberto estaba presente nuevamente y brindó con Leandro Pimentel, diciendo los dos unas palabras. No la vi a Griselda. Y no sé si su marido andaba por ahí o no.

-Bueno, señora. Para mí es suficiente por ahora. Mándemelo al doctor Pimentel.

Había considerado Martiniano la posibilidad de comunicar a Matilde la muerte de su marido, pero le pareció prudente reservarse la información por el momento.

No fue mucho lo que agregaría Pimentel a lo informado por la dueña de casa. En realidad, quizá por carecer de motivos para observar a los desaparecidos, no se había fijado mayormente en ellos. Apenas si recordaba nítidamente su conversación con González Delfino y su brindis con White Godoy. Añadió un dato, sin embargo. Pues relató la molesta situación creada por Griselda en el vagón comedor, al poner de manifiesto su familiaridad con aquél.

Salía Pimentel del escritorio cuando el policía observó la llegada de Ciriaco, que se había quedado parado cerca de las puerta-ventanas, incómodo y cohibido. Martiniano le hizo señas para que se acercara y se encerró para hablar con él, antes de continuar los interrogatorios.

-Mirá, Ciriaco, te he mandado llamar porque quiero ir hablando con vos a medida que avance en la investigación de este caso. Como para ordenar mis ideas.

-¿Y cuál es el caso?

-Un asunto bravo. Esta mañana se dieron cuenta de que acá han desaparecido tres personas, a las que *naide* vió desde anoche. El *dotor Uite* Godoy, la señora Griselda Helder y su marido *Hétor* Mariani. Yo encontré muerto al *dotor Uite*, en la casita del motor de la luz. Le dieron una bonita puñalada en el corazón. El *dotor* López Terrero, que es médico y uno de los invitados, calcula que la muerte *jué* a eso de medianoche. Él es el único que sabe de esta muerte. Yo voy a seguir interrogando a todos y, mientras tanto, vos revisá a fondo toda la casa. Metete en los cuartos, abrí roperos, hacé lo que haga falta pero no dejés huellas de tu paso. Cuando terminés con la casa, revisá el parque. Al menos la parte del parque que está más cerca de la casa. Yo voy a dar órdenes de que *naide* se retire hasta que haya prestado declaración. Los *via* entretener *pa* darte tiempo. Ponete en movimiento y teneme al tanto.

Ciriaco escuchó con expresión estólida. Pero ya sabía Galíndez que asimilaría todo lo que le había dicho, punto por punto, y que actuaría conforme a las instrucciones recibidas.

-Y hacémelo pasar al *dotor* González Delfino... Caray, si acá todos son *dotores*.

-¿Cuál es González Delfino?

- El que está con campera de gamuza y botas de polo.

González Delfino se acomodó en la silla que estaba frente al policía. Es un hombre distinguido, canoso, de cara colorada con venitas en las mejillas. Su relato coincide con lo que ya sabe Galíndez.

-Poco antes de hacer el brindis con Pimentel, Alberto se acercó al grupo en que yo estaba con aquél y con Humberto Gigliotti. Sólo cambiamos frases de circunstancias.

-¿Nada le llamó la atención en él? ¿Parecía nervioso o preocupado?

-No, actuó con naturalidad.

-¿No recuerda algún detalle en particular?

-No... Pero, espere un momento. Seguramente no tenga importancia pero sí hubo algo en él que me llamó la atención. Tenía los zapatos embarrados. Cosa rara si vamos a ver, porque es muy prolijo. Más que prolijo, atildado. No es hombre de andar con el calzado sucio...

-Dígame. Yo sé que su partido intervino para que abreviaran la condena de Catalino Domínguez, que estuvo preso en Sierra Chica...

-Sí, algo de eso hay. Domínguez había cumplido labores de vigilancia, o como quiera llamarlas, para algunos comités del partido. Y el partido se interesó por su suerte...

-Pero Catalino es un asesino.

-Ya lo sé. Pero todos sabemos también que la política tiene sus cosas.

-¿Fue usted el que mantuvo la relación con él?

-No, yo no lo conozco. El que se ocupó del asunto fue White que, incluso, fue a verlo al penal. Y entiendo que Domínguez lo visitó en Buenos Aires después que lo soltaron.

Tomó nota Martiniano y dio por terminado el interrogatorio diciendo:

-Mándemelo a Gigliotti.

-Cómo no.

Gordo, calvo, con anteojos de carey tras los que brillan unos ojos astutos, Humberto Gigliotti lleva saco y corbata. Confirma haber estado charlando con González Delfino y Pimentel cuando White Godoy se acercó al grupo.

-¿Notó algo que le llamara la atención en el *dotor Uite*?

-No, nada.

-¿Estuvo mucho tiempo con ustedes?

-No mucho. Al rato se fue con Pimentel para brindar.

Cuando se retira Gigliotti comparece Leonor, su mujer, que lo ha estado acompañando buena parte de la velada y poco agrega a lo dicho por su marido.

Laurencena, Pirovano y Devoto pretenden entrar juntos y declarar colectivamente, cosa que no les permite Martiniano. De todos modos, el policía no saca nada en limpio de lo manifestado por los tres, que se las han pasado paveando toda la noche, amén de no negarse nunca a que les volvieran a llenar las copas cuando bajaba el contenido de éstas. Devoto reitera la admiración que le produjo la verba florida de White y de Pimentel en ocasión de su brindis cívico. Y ya está por retirarse cuando se detiene y agrega:

-¿Le puedo decir algo, aunque no esté muy seguro?

-Sí, claro.

-Poco antes de que nos invitaran a subir a los carruajes para volver al tren, salí para tomar aire en la terraza porque había chupado bastante. Soplaba viento, que metía barullo en las copas de los árboles. Y me pareció oír un tiro a lo lejos. No le puedo asegurar que fuera un tiro, pero es lo que me pareció. Aunque pudo ser una rama al quebrarse o algo así.

-Interesante. ¿A qué hora habrá sido eso?

-No sé. No miré la hora. Pero, si nos fuimos más o menos a la una de la madrugada, póngale que serían las doce y media... digo yo.

Pitusa Langoni resultó un buen testigo. Pues, periodista al fin de cuentas, había estado observando con atención cuanto ocurrió esa noche, saltando de grupo en grupo como un pajarito inquieto. Y no es casual la comparación con un ave pues, según le pareció al policía, el aspecto de la cronista recordaba al de una urraca con anteojos, parecido que acentuaba su pelo levantado en copete indómito.

-Y hay algo que le puedo asegurar, comisario...

-No soy comisario.

-Bueno, agente.

-Tampoco soy agente.

-Como sea, señor. Hay algo que le puedo asegurar: Alberto White y Griselda Heller desaparecieron del *living* un buen rato antes de que regresara White para hacer el brindis. Tampoco lo vi a Héctor Mariani, el marido de Griselda. Y si me fijé en eso es porque, como usted ya sabrá, parece que hay algo entre Alberto y Griselda. Cosa que no puede dejar de interesar a Mariani...

-Sí, sí... Conozco el asunto- atajó Galíndez el chorro de chismes que consideró inminente.

-No es que yo quiera meterme en la vida de los demás. Simplemente deseo colaborar con la autoridad.

-Y la suya ha sido una gran colaboración. ¿Está segura de que Griselda, White y después Mariani, se retiraron del lugar donde estaban ustedes antes de que regresara White para brindar con el *dotor* Pimentel?

-Sí estoy segura. Y eso va a aparecer en mi nota para el diario.

-Espere, espere. Por ahora mantenga reserva sobre lo que está pasando. Considérelo secreto del sumario.

-Está bien. Pero sólo por ahora.

Dos golpecitos sonaron en la puerta del escritorio y Martiniano se levantó para abrir. Allí estaba Ciriaco, dándole vueltas con las dos manos a la boina que se había quitado.

-Puede retirarse, señorita. Si fuera necesario, la volveré a llamar... Y vos pasá y decime lo que has visto.

-Los muertos ya son dos- empezó a decir Ciriaco en cuanto tomó asiento.

-¡¡¡ Dos??!!

-Dos.

-¿Y quién es el otro?

-Una señora rubia, quemada, con traje oscuro, de noche... La acogotaron.

-¡¡¡Griselda!!! ¿Y decís que la acogotaron?

-La acogotaron, sí. Al menos tiene moretones en el pescuezo.

-¿Dónde la encontraste?

-En una glorieta que está *pa* aquel lado, pasando un montecito.

-Vamos allá.

-No se apure que le tengo que contar más cosas.

-Dale.

-También revisé todos los dormitorios. Empecé por el que está más cerca de la escalera.

-¿Y encontraste algo?

-En la primera revisada, nada. Pero, en la segunda, saqué las flores que están en un florero sin agua. Y, en el fondo del florero, mire lo que hallé.

Echó Ciriaco mano al bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes que depositó frente a Galíndez. Aclaró en seguida:

-Son sesenta mil pesos.

-Una fortuna. Pero ¿por qué te guardaste la plata?

-Pensé que el que la puso en el florero se va a poner nervioso cuando *alvierta* que ya no está. La gente, cuando se pone nerviosa, habla de más, cosa que a *usté* le interesa. Y siempre hay tiempo para devolver la plata ¿no?

-Tá que sos bicho. Pero no me vengas después con que extraviaste los billetes.

-Descuide. A esos billetes no los toca *naide*.

-¿Hallaste algo más en los cuartos?

-Nada que interese. *Aura* habrá que averigüar quién duerme en el que está más cerca de la escalera...

-Encargate de eso. Vamos a ver a la muerta. Y llevaré con nosotros al *dotor* López Terrero *pa* que revise el cadáver.

Alertado el médico, los tres marcharon hacia la fatídica glorieta.

Ya conoce el lector la glorieta a la cual llegan Martiniano, Ciriaco y López Terrero luego de superar varios grupos de árboles. Es exagonal, tiene techo de zinc con cenefa, el piso está elevado sobre el suelo y limitado por una baranda de triple entrada rodeada, a su vez, de arbustos. En medio de la glorieta, como si se tratara de una puesta en escena, teatral y macabra, yace el cuerpo de Griselda Heller, ceñido por su vestido de noche.

López Terrero revisa el cadáver y dice:

-Hora más, hora menos, me parece que esta mujer también murió cerca de la medianoche. Y es claro que fue estrangulada. Seguramente por un hombre muy fuerte, de manos grandes y poderosas.

Inspecciona Martiniano los arbustos que cercan la glorieta, advirtiéndole que algunos han sido pisoteados y muestran ramitas quebradas.

-Alguien estuvo escondido entre las plantas- dice el policía para sí. Y agrega. -Dejen todo como está. Ya habrá tiempo para recoger los muertos.

De vuelta en la casa, Galíndez completa los interrogatorios. Que poco añaden a los anteriores. El último en declarar es Grisetti. Quien elige cuidadosamente las palabras para expresarse.

Es un hombre joven, de pelo y bigotito oscuros, vestido con traje y corbata. Los colores de ésta no combinan bien con el del traje.

No suministra detalles precisos. Ha hecho lo que hicieron los demás, estuvo con todos en general, no advirtió nada discordante.

-¿Oservó que, en algún momento, el *dotor Uite* y el matrimonio Mariani abandonaran el lugar donde se hallaban los demás?

-No. Si se retiraron yo no lo noté.

-Otra cosa. ¿Fue *usté* el que se ocupó de contratar los vagones especiales?

-Sí.

-¿Hasta cuándo los tienen reservados?

-Hasta mañana. A mediodía los agregarán al tren que viene de Bahía para regresar a Buenos Aires.

-¿Puede demorar el regreso un par de días? ¿Y lo puede hacer por teléfono?

-Creo que sí. Pero habrá que pagarle la diferencia al ferrocarril.

-Arregle el asunto porque voy a necesitar ese tiempo para dejar cerrado el caso.

-¿Tan seguro está de resolverlo?

-Pienso que sí... ¿Y la hace venir de nuevo a la señora Matilde?

-Cómo no.

Salió Grisetti y, al rato, la dueña de casa entró al escritorio con expresión preocupada. El policía se preparó para pasar el mal rato de comunicarle la muerte de su marido. Dijo:

-Señora, tengo que darle una mala noticia.

-Usted dirá.

-Hemos hallado muerto a su marido. La acompañó en el sentimiento.

-¿Muerto?

-Sí. Muerto de una puñalada. También ha aparecido muerta la señora Griselda.

-¡Dios mío! ¿Estaban juntos?

-No. A él lo encontré en la usina del motor de luz. Ella murió en la glorieta, estrangulada.

La circunstancia de que los cadáveres estuvieran separados pareció aliviar un poco a Matilde que, recomponiéndose, preguntó:

-¿Y qué hará con los cuerpos?

-Por ahora nada. Hay que dejarlos donde están. Aunque el *dotor* González Terrero los ha revisado, voy a hacer venir a un forense de Bolívar para que dé su opinión. ¿Me permite usar el teléfono?

-Por supuesto.

Se comunicó Galíndez con la comisaría de la cual depende su destacamento, explicó lo que sucedía y pidió que, en el primer tren, de pasajeros o de carga, le enviaran un médico forense. A quien uno de sus agentes se encargaría de llevar hasta *Las Dos Lagunas*. Después llamó al destacamento y previno al agente sobre la venida del doctor. Cumplido el trámite, se dirigió nuevamente a Matilde:

-Señora ¿es mucho pedirle que nos dé alojamiento esta noche aquí, a Ciriaco y a mí?

Apenas salió Matilde, Justino, el mayordomo de la estancia, pide hablar con Martiniano. Es un criollo bien educado, de expresión franca, vestido con saco de ciudad, bombacha y botas.

-Permiso.

-Pase nomás.

-No sé si el dato tiene importancia o no, pero me ha parecido conveniente informarle que esta mañana se *alvirtió* la falta del *nochero*. Como usted ya sabe, es el caballo que se deja encerrado de noche por cualquier cosa. Lo raro del caso es que, además del caballo, también faltó la cabezada que estaba colgada del palenque. Como si alguien hubiera enfrenado el animal, llevándoselo.

-Raro, sí.

-Pero espere que hay más. Porque el caballo apareció hace un rato, enfrenado y suelto en el monte.

-¿Dispone *usté* de algunos peones?

-Si, señor.

-Mándelos a revisar el monte por si encuentran algo. Y téngame al tanto.

IV

SIGUEN LAS MUERTES

Martiniano Galíndez se encerró en el escritorio con Ciriaco, para pasar revista a los sucesos y ordenar sus ideas, bastante embarulladas por el momento. Previamente había indicado al preso que se agenciara yerba, un mate y una pava para discurrir mejor.

Consumió el cebador los dos primeros mates, todavía tibios, y, enseguida, le alcanzó al suboficial el tercero, caliente y espumoso. Abstraído, lo sorbió Martiniano despaciosamente, hizo sonar la última chupada y, al devolverlo, dijo:

-Bueno, te voy a contar todo lo que sé y lo que sospecho por el momento, para que quedés enterado y me *oserves* lo que veas conveniente. Pará la oreja.

El doctor Uite se viene a la estancia con unos cuantos invitados, para festejar que lo haigan elegido como candidato de su partido a gobernador en las próximas elecciones. Viene con su mujer, su hijo, su hija y su secretario. También la trae a su querida y al marido de ella. Parece que su querida lo estaba apretando para que deje a su familia y se case con ella en Méjico. Durante el viaje en tren, se encargó de demostrar la confianza que tiene con Uite, creando una situación muy tirante. En cuanto a su marido, no ha de estar muy conforme con el enredo, digo yo. Enredo que molesta tremendamente a la mujer de Uite. También viene entre los invitados el presidente del partido de Uite, a quien no le ha hecho mucha gracia que lo eligieran a éste como candidato a la gobernación. Y, de yapa, otro de los

invitados es el doctor Pimentel, aniversario de Uite en las elecciones. Como verás, aquí hay unos cuantos a los que no les vendrá mal la desaparición de Uite. Respeto a su querida, tenían motivos para liquidarla el mismo Uite, al que estaba apretando; su marido, al que engañaba, y la señora de Uite. Agregale a todo esto que por aquí podría andar Catalino Domínguez, a quien Uite hizo largar antes de terminar su condena y con el que se reunió al menos un par de veces. ¿Qué pensás de todo esto?

-Que es un lindo lío.

-Eso ya lo sé. ¿Pero quién te gusta para criminal?

-Como gustar me gustan todos. Todos y ninguno

-Linda ayuda la tuya.

-Bueno, siga con la historia que algo se nos va a ocurrir.

Sigo. Por lo que sabemos, tanto la muerte de Uite como la de su querida ocurrieron cerca de la medianoche. Pongamos atención en lo que pasó antes y después de esa hora. La periodista de La Nación me dijo que Uite y Griselda Heller, su querida, desaparecieron un buen rato antes de las doce. También el marido de Griselda, que pudo haberse retirado con ellos o algo después. El doctor Uite volvió a aparecer y todo el mundo lo vio cuando brindó con el doctor Pimentel un rato después. Y, poné atención, parece que Uite reapareció con los zapatos embarrados, lo que indica que anduvo ajuera de la casa. Además, me dijo Devoto que antes de que los

invitados se retiraran, creyó oír un tiro a lo lejos. Cosa que no puede asegurar porque había mucho viento que hacía ruido en los árboles. Y ahora vamos a tu descubrimiento...

-Vamos.

Vos hallaste plata grande escondida en uno de los cuartos. Plata que seguramente no debería estar allí porque un florero no es lugar pa guardar plata. ¿Sabés quién dormía en ese cuarto?

-Lo estoy averiguando.

-Yo también lo voy a averiguar porque es una cuestión importante. Pero ahora vamos al asunto del nochero, que alguien desató, enfrenó y finalmente dejó suelto. A ver, tirame algunas ideas.

-Primeramente diría que el *dotor* White salió con la señora Griselda y la llevó hasta la glorieta por alguna razón. Tal vez para discutir sobre el divorcio que ella *esigía*. ¿Discutieron y él la estranguló? No lo veo al *dotor* estrangulando a *naide* porque no tenía físico *pa* tanto y hace falta mucha *serenidá pa* andar discurseando en público después de acogotar a una mujer. Pienso más vale que la dejó sola en la glorieta con algún *pretesto* y él volvió para hacerse ver en la reunión. Ahí es donde aparece Mariani, el marido de ella, que capaz que los estuvo espiando y que es grande como un ropero. Discutieron y la mató. Después, desesperado al ver lo que había hecho, disparó para los galpones, halló el nochero y, hombre de a caballo como parece que era, quiso disparar...

-¿No ves que vos parecés medio sonso pero te funciona la sesera? Tu suposición es un lance nomás pero tiene color. Ahora decime qué hacía el *dotor Uite* en la usina cuando lo mataron.

-Vaya a saber.

-Primeramente, *risulta* claro que tenía una cita a escondidas. Porque una usina abandonada no es lugar *pa* encontrarse de noche con *naide*. Y, además, esa persona con la que se iba a encontrar era alguien peligroso, habilidoso con el cuchillo, como lo demuestra la soberbia puñalada que le metieron a *Uite*.

-¿Un cuchillero, dice? Cuchilleros quedan pocos.

-Muy pocos. Pero hay uno que podría andar por aquí.

-¡Catalino!

-Sí, señor, Catalino.

-¿Y qué se podían traer entre manos un *dotor* de Buenos Aires y un asesino *baquiano* con el cuchillo?

-Qué sé yo... un encargo para matar a alguno. O a alguna...

Se había hecho tarde. Ya puesto el sol partieron los carruajes llevando a los invitados para dormir en los vagones que, en virtud de

la gestión realizada por Grisetti, permanecerían dos días más en la estación de Coronel Godoy.

En *Las Dos Lagunas* habilitaron un cuarto para el policía y el preso.

Y, en un tren de carga que arribó a las seis de la mañana, llegó el médico forense, que uno de los agentes llevó a la estancia en una *jardinera* facilitada por un vecino. Cuando llegó el médico, Martiniano y el preso ya estaban mateando desde hacía rato.

Cumplido su tétrico cometido, el profesional confirmó la opinión de López Terrero y autorizó el traslado de los cadáveres, que fueron depositados provisoriamente en la herrería del establecimiento. Grisetti, mientras tanto, solicitó por teléfono los servicios de la funeraria del pueblo, denominada *Las Diez de Últimas*.

Los de White Godoy y Griselda no serían, sin embargo, los únicos cadáveres que requerirían la atención de *Las Diez de Últimas*, cuyo propietario, *El Turco* Mustafá, estaba de parabienes.

Porque ocurrió, en efecto, que, antes de que llegaran los huéspedes de los vagones especiales, don Justino se apersonó a Martiniano y le dijo:

-Según su pedido, dispuse que los peones recorrieran el monte ayer. Como ya había poca luz, hice interrumpir la búsqueda y que la siguieran hoy, después del desayuno. Y uno de los peones ha hecho un hallazgo.

-¿Qué encontró?

-Lo encontró al señor Mariani.

-¿Vivo?

-No, muerto.

-¡Caray! Esta estancia se está convirtiendo en un camposanto.

-Así es.

Llamó Martiniano al forense y, junto con Ciriaco y don Justino partieron siguiendo a éste.

El vagón comedor era un hervidero de comentarios mientras los pasajeros desayunaban. Las muertes de White Godoy y de Griselda - conocidas después de informar Martiniano a la viuda sobre ellas- justificaba la excitación reinante. Que subiría de nivel cuando se conociera la de Mariani.

Al forense no le costó mucho determinar la causa del deceso de Mariani: un golpe tremendo había dejado su huella en la frente del muerto, que yacía en un sendero abierto en lo más espeso del monte,

entre retoños de acacias y de álamos. En cuanto a la hora del fallecimiento, no difería mucho de la estimada para las muertes de Griselda Heller y Alberto White Godoy: poco antes o poco después de la medianoche.

Los cuatro hombres contemplaban el cadáver con una mezcla de compasión, curiosidad y sobresalto. Compasión, por cuanto siempre inspira lástima la muerte de un semejante; curiosidad, porque se sumaba a una serie de tragedias enigmáticas; sobresalto, debido a que la repetición de éstas había instalado un clima de temor en la estancia. ¿Seguirían las muertes? ¿Cuál era el nexo que las vinculaba? ¿Tenían un solo autor o varios? ¿Y quién era ese autor o esos autores?

Martiniano observó el cuerpo, caído de espaldas en medio del caminito que se extendía entre la espesura.

Era Mariani, por cierto, un individuo enorme. Calculó el policía que su estatura andaría cerca de los dos metros y que su peso excedería holgadamente los ciento treinta kilos. En cuanto a sus manos, eran grandes y poderosas. Detalle cuya comprobación causó un estremecimiento al suboficial, pensando en el cuello de Griselda.

En eso estaba cuando Ciriaco se le aproximó, susurrándole algo al oído.

Aprobó Martiniano y se puso a desandar el camino que recorriera Mariani. Que, como se ha dicho, discurría entre renuevos jóvenes de porte escaso. Pero, entre esos retoños y algunos ejemplares mayores, se destacaba un roble inmenso. Un roble

provisto de una gruesa rama que atravesaba el sendero a cierta altura del suelo.

-Tenés razón -le dijo el policía al preso. Y, dirigiéndose a los otros dos, se explicó:

-Me parece que a este hombre no lo mataron. Su muerte ha sido *accidental*. Vean la rama de ese árbol. *Pa* mí que ha venido *galopando* en toda la furia, despavorido, y se tragó la rama que cruza el camino. ¿No le parece, *dotor*?

-Sí, claro que puede ser. Déjeme analizar la contusión.

Se agachó el forense y observó atentamente la frente del difunto, realizando algunas manipulaciones a su respecto. Por fin, enderezándose dijo:

-Así es. Hasta hay partículas de corteza en la herida.

De regreso en el escritorio, consumían otra cebadura el policía y el preso:

-Pobre hombre -comentaba Martiniano. -Es cierto que, de resultar cierto lo que pienso, era un asesino. Pero un asesino que *atuó* seguramente bajo emoción violenta, quizá al comprobar sin lugar a dudas que su mujer lo abandonaría *pa* casarse con otro. Aunque el casamiento en Méjico sea un casamiento con trampa.

-Y *golvemo* a lo más difícil del asunto. Póngale que *Uite* la llevara a la Griselda hasta la glorieta *pa* discutir el asunto del divorcio y que Mariani los *haiga* seguido, enterándose de lo que estaban preparado. Pero ¿qué pasó entonces? ¿Mariani apareció de golpe, la acogotó a Griselda y *Uite* salió disparando? No lo veo posible porque *naide* lo notó alterado cuando apareció de nuevo en la reunión. Venía con los zapatos embarrados pero tranquilo. Conversó con varios de los presentes, brindó con Pimentel y dijo un discursito. ¿*Usté* cree que podía comportarse así si viniera de ver un asesinato?...

-No parece probable- coincidió Martiniano.

-Entonces *risultaría* que ni se enteró de que Mariani los estuviera espiando. Y, si no sabía que el marido engañado andaba por ahí ¿*pa* qué la dejó sola a Griselda en la glorieta? ¿*pa* qué? ¿*pa* que alguien se encargara de ella? Voy a ser más claro ¿La dejó sola, en un lugar alejado de la casa, *pa* que alguno la liquidara mientras él se hacía ver por los invitados y brindaba con Pimentel delante de todos? ¿No se parece eso a una coartada bien planeada para dejarlo *ajuera* de un crimen cometido por encargo?

-Claro que se parece. Pero es una idea pegada con alfileres.

-¿Tiene otra mejor, comisario?

-No soy comisario.

-Bueno pero, repito ¿tiene otra mejor?

-¿Y cómo consiguió *Uite* que Griselda consintiera quedarse sola en la glorieta?

-Vaya a saber. Capaz que le dijo que iba a buscar los papeles *pal* divorcio y *golvía*...

Promediaba la mañana, los invitados daban vueltas sin tener nada que hacer y Martiniano resolvió reunirlos e informarles sobre la muerte de Mariani. Pertinaz, se oía aullar un perro entre el monte.

Señores -arrancó el policía- debo comunicarles que esta mañana ha sido hallado el cadáver de Héctor Mariani, esposo de la señora Griselda Heller, de quien nada se sabía desde ayer.

Un movimiento de horrorizado estupor se registró entre los oyentes que, enseguida, empezaron a intercambiar toda clase de comentarios. Matilde Palacios, la viuda de White, se llevó las manos a la cabeza. Pitusa Langoni tomó nota, rápidamente, en su agenda. Pedrito Laurencena dijo:

-¡Zás! En cualquier momento nos toca a nosotros.

López Terrero deslizó algo en el oído de Patricia White y le tomó la mano para expresarle su solidaridad. Ella lo dejó hacer.

Mientras tanto, el perro seguía aullando a lo lejos.

Nervioso, Martiniano requirió la presencia de Ciriaco y le dijo:

-Andá a ver qué le pasa a ese perro y hazlo callar... no lo aguanto.

El cadáver de Mariani se sumó a los depositados en la herrería próxima a los galpones. Nuevamente se había nublado y hasta era posible que volviera a llover.

Ciriaco aguzó el oído, procurando precisar la dirección de donde provenían los aullidos del perro, que se repetían en forma discontinua y desgarradora.

Por un camino de tierra muy poco transitado se dirigió hacia la que un día fuera granja modelo del establecimiento, aquella preferida por la madre de White Godoy por recordarle a la campiña francesa.

Conservaba la granja restos de antiguo esplendor. Largas cercas de alambre tejido, sostenido por postes que alguna vez estuvieron pintados de blanco, limitaban los gallineros, invadidos a la fecha por yuyos y por algunos retoños de árboles sembrados por los pájaros. Había conejeras con sus tapas abiertas, colgando. Un gran estanque artificial donde alguna vez nadaran patos y gansos, abastecido por un molino que alzaba su torre sobre un pozo circular. Una pequeña

acequia vinculaba los distintos sectores de la granja. Algunas construcciones abandonadas, con ventanitas que mostraban sus vidrios rotos. En una de ellas había funcionado la cremería y, en otra, la pequeña fábrica donde se elaboraran los quesos *Dos Lagunas*. Más lejos, fuera del perímetro de la granja, sobrevivían numerosas colmenas. Dos o tres de ellas todavía estaban pobladas de abejas y goteaban miel.

Las ruinas de la granja dormitaban envueltas en el silencio de las cosas abandonadas. Quebrado sólo por los aullidos del perro, que se repetían cerca del molino. Ciriaco inspeccionó las distintas construcciones: en la cremería permanecían algunos tarros lecheros y en la fabriquita se conservaban las hormas en que habían madurado los quesos. Y también había otra construcción, en la cual se veía aún la gran incubadora donde se multiplicara el plantel de *sussex armiñadas* que constituyera el rubro más importante de los productos salidos de la granja.

No fue la visión de esa incubadora maltratada por el tiempo lo que llamó la atención del preso. Lo que le sorprendió fue comprobar que aquel recinto había estado habitado hasta hacía muy poco. Allí aparecía, en efecto, un jergón confeccionado con bolsas rellenas de pasto, huellas de un fogón próximo a la ventana, un paquete de yerba medio vacío, dos atados de cigarrillos negros y una vela encajada en el gollete de una botella. Pero el detalle que horrorizó a Ciriaco y le hizo pasar por alto los otros que completaban la escena, era un charco de sangre coagulada que aparecía cerca del jergón, formando un manchón oscuro y siniestro.

-¡Dios mío!- murmuró el visitante, santiguándose- ¿Será posible que no terminen de aparecer muertos? ¿*Las Dos Lagunas* será una estancia maldita como dicen?

Salió rápidamente, dirigiéndose hacia donde aullaba el perro. Al que encontró junto al pozo del molino, levantando la cabeza a intervalos para hacer oír su queja lastimera. Era un animal flaco, de buen tamaño y pelo largo, amarillento, que lo miró con tristeza y sin cambiar de postura.

Al observar que no demostraba agresividad sino que, por el contrario, parecía requerir su atención respecto a algo, Ciriaco se le arrimó y le acarició la cabeza. El perro admitió la caricia y se acercó más al borde del pozo. Invitado por tal actitud, el preso miró adentro.

Era un pozo profundo, calzado en ladrillo y centrado por un caño que, allá abajo, remataba en un cilindro. El fondo del pozo estaba lleno de agua. Y de la superficie del agua emergía una mano.

No fue tarea fácil extraer el muerto del pozo donde había sido arrojado. Don Justino y varios peones realizaron la difícil operación, supervisada por Martiniano y el médico forense. Quien, revisado el cadáver, llegó a conclusiones similares a los casos anteriores: la muerte había tenido lugar hacia la medianoche, quizá algo después de las de Griselda, Alberto White y Héctor Mariani pero sin que eso pudiera afirmarse con certeza. Para peor, el hecho de haber

permanecido en el agua agregaba otra dificultad al dictamen del forense. Explicó éste:

-Como usted sabe, oficial...

-Suboficial.

-Como usted sabe, suboficial, la hora exacta del fallecimiento no es posible establecerla. A los efectos de su investigación, haga de cuenta que las cuatro muertes se produjeron a medianoche de ayer. Pero considerando siempre que bien pudieron estar separadas por intervalos no muy apreciables. Diría que la de Griselda fue la primera y ésta la última, aunque no puedo afirmarlo. Si su investigación lo lleva a otra conclusión, mi cálculo no tiene por qué invalidarla pues no está apoyada en evidencias firmes. Ahora bien ¿sabe quién es el muerto?

-Sí, *dotor*. Un asesino que conocí hace años y que habían puesto en libertad recientemente: Catalino Domínguez.

-Así que este es el famoso Catalino...Y en cuanto a la causa de la muerte está clara ¿no?

-Sí, una perdigonada en el pecho.

-Munición chica, del cinco.

Mientras tenía lugar en la granja la extracción del cadáver de Domínguez, los invitados permanecían en la casa principal, obedeciendo órdenes de Martiniano. Matilde se había encargado de proporcionarles un almuerzo más bien frugal, algunos conversaban, otros leían viejas revistas -*El Hogar, Life, La Chacra*- halladas en el *living*, otros dormitaban. Como cabe suponer, el ambiente es pesado, lúgubre.

Patricia White y Horacio López Terrero se han sentado en el borde de la fuente que está frente a la casa, rodeada de césped. Como sopla una brisa, el surtidor de la fuente se deshace en ligera garúa que, a ratos, cae fuera de ella, a sotavento. Patricia se muestra abatida y el médico procura mejorarle el ánimo. Dice:

-Realmente es terrible lo que está ocurriendo. La irrupción de la muerte en medio de una alegre celebración y en un lugar tan bonito como éste resulta particularmente trágica. Nos ha sacudido profundamente a todos y especialmente a vos, que has perdido a tu padre. Si a eso le agregás la posibilidad de que haya un asesino entre nosotros, la sensación no puede ser peor.

-Es cierto. Quién nos hubiera dicho que iba a pasar esto cuando, hace tan poco, salíamos de Constitución para festejar la candidatura de papá. Claro que, a vos te lo puedo decir, la presencia de Griselda fue, desde el primer momento, un factor molesto...

-¿Qué sabés vos de la relación de ella con tu padre? Disculpá la indiscreción pero la cuestión ha pasado a ser del dominio público y, a veces, es mejor hablar las cosas que tragárselas.

-Yo sabía bastante del asunto pero, como ocurre cuando algo te toca muy de cerca, traté de no creerlo, cerré los ojos a una realidad cada vez más evidente. Para mamá la situación debe haber sido peor todavía. La sobrellevó con mucha clase.

-¿Y tu hermano?

-A él no le importaba mayormente. Con tal que le dejen vivir su vida deja a los demás vivir las suyas.

-Y tu padre ¿cómo era?

-Pienso que una hija no debe juzgar a sus padres. Papá era como era, tal vez algo superficial, amigo de la figuración, pero buena persona. El enredo con Griselda le había complicado la existencia y parece que ella lo apretaba, lo asediaba...

-Desde el punto de vista religioso ¿ustedes son practicantes? Sé que es una pregunta muy personal, pero me interesa todo lo que tenga relación con vos.

-Papá cumplía sólo por razones sociales pues no creo que nunca se haya puesto a pensar seriamente en nada profundo... Cómo te diría... no lo veo a papá interrogándose sobre el más allá. Mamá, en cambio, es una mujer piadosa, que no se limita a la misa dominical. Lee algunas vidas de santos, hizo retiros espirituales y... le ha aguantado a papá muchas cosas para salvar su matrimonio. En cuanto

a mí, trato de portarme lo mejor posible. Me eduqué en un colegio de monjas y no he olvidado sus lecciones.

Promediaba la tarde. Un sol pálido asomaba de vez en cuando por los huecos de grandes nubes cenicientas en fuga hacia el este. Murmuraban las hojas de los árboles próximos y, frente a la pareja, flanqueado de follajes, se abría el camino que enlazaba con el acceso al establecimiento.

-¿Vos sabés que, según algunos, sobre esta estancia pesa un sino trágico?

-¿Cómo decís?

-Lo que has oído.

-¿Y de dónde has sacado vos eso?

-Bueno, de los estudios que hice sobre crímenes en la Historia Argentina.

-¿Y qué tienen que ver esos crímenes con nuestro campo?

-Si te interesa, te lo cuento.

-Claro que me interesa. ¿Dónde conseguiste el dato?

-Lo hallé medio por casualidad, buscando otra cosa. Está en el informe de un comandante de campaña fechado en julio de 1873.

-Contá, contá.

Y, despaciosamente, López Terrero inició el relato, movido especialmente por la buena intención de distraer a Patricia.

V

LA MALDICIÓN DEL FORTÍN

Fortín Cortaderas ocupaba un lugar en la línea de la frontera sur, antes que el ministro Alsina dispusiera excavar la zanja con que pretendió contener los malones que, partiendo desde el otro lado de la cordillera, se abatían sobre el territorio nacional sembrando la desolación a su paso. Se hallaba en una loma, rodeado por un cerco de palo a pique que protegía unos pocos ranchos agrupados bajo el mangrullo.

Una caballada maltrecha pastoreaba en las proximidades del fuerte, cerca de la laguna que le permitía beber mientras la sequía no apretara demasiado. Un lote de maíz a cuyo reparo crecían plantas de zapallo permitía a la guarnición variar su repetida dieta de charque, avestruz y carne de yegua. En cuanto a la mencionada guarnición consistía en un alférez que oficiaba de comandante, un cabo y seis soldados, reclutados entre los vagos y mal entretenidos de la campaña bonaerense y enviados a servir en la frontera quieras que no.

La mayoría de los soldados estaban resignados a su suerte y, por otra parte, tampoco la vida les había ofrecido un destino mucho mejor que la milicia. En la cual terminaron por hallar una camaradería que suplía otros afectos, una cuota de aventura contenida en la lucha contra el indio, la vaga convicción de estar sirviendo a la patria y un sueldo mísero que se cobraba mal y nunca. Con excepciones, es cierto, pero esa era la condición habitual del milico, que hacía de él un hombre sobrio, sufrido, resistente. Y

corajudo, de yapa, ya que el valor era un atributo ineludible para sobrevivir en una guerra hecha de sorpresas y golpes de mano, de marchas interminables, de persecuciones, encuentros y desencuentros en el ámbito exigente del desierto.

Tal era la situación de la mayor parte del personal que servía en el Fortín Cortaderas, antes que el doctor Alsina dispusiera la construcción de aquella zanja tan discutida, que perdiera su razón de ser cuando, pocos años después, el general Roca llevara a cabo la expedición que le permitió al país posesionarse definitivamente de su propio territorio.

Tal era la situación de la mayor parte del personal que servía en el Fortín Cortaderas. De la mayor parte pero no de todo ese personal. Porque entre él se contaba Desiderio Santillán, que nunca dejó de maldecir el día en que una partida le echara mano cerca del Azul, transformándolo en un recluta amargado y ladino, dispuesto a cualquier cosa para torcer el rumbo de su existencia.

Desiderio estaba dispuesto a todo. A todo, traición incluida. Fue así que cierta tarde, enviado a realizar una descubierta con el cabo, toparon con una porción de indios guarecidos en el hondón de un médano. Y, cuando se vinieron al humo, lo mató al cabo y parlamentó con los salvajes, hablando medio en araucano y medio en español con uno de ellos. Fue así como se pasó de lado, hallando cobijo en las tolderías.

Pero no se limitó Santillán a cambiar de bando, después de asesinar por la espalda a su superior. No, no se limitó Santillán a

cambiar de bando. Pues, hombre de mala entraña, vino a sumarse a las incursiones depredadoras de la indiada, atacando estancias y poblados, incendiando cascacos, postas y pulperías, degollando chicos y raptando mujeres, arreando tropas de hacienda ajena.

A quienes se pasaban a los indios los llamaban renegados. Pero, pronto, Desiderio Santillán vino a destacarse entre los renegados. Hasta el punto que, cuando en la frontera se hablaba de El Renegado, así, en singular, se estaba hablando de Desiderio Santillán. Cuya ferocidad llegó a ser proverbial.

Llevado por su inquina logró Desiderio convencer a los indios para llevar a cabo un ataque sorpresivo al Fortín Cortaderas, donde había servido. Y del cual conocía detalles menudos, hábitos, puntos débiles, contraseñas.

Mala consejera es la venganza. Porque El Renegado podría haber continuado por mucho tiempo su carrera de salteador sanguinario si no se hubiera propuesto exterminar la guarnición del fortín objeto de sus rencores y teatro de sus frustraciones.

El ataque tuvo lugar una noche sin luna y contó con la ventaja imprevista de haberse dormido el centinela, vencido por el cansancio de una larga marcha concluida esa tarde y confiado en la tranquilidad aparente del desierto circundante.

Pero, pese a la densidad de las sombras y al descuido del centinela, el ataque falló. Un relincho oportuno alertó al vigía y éste a la guarnición, entablándose un combate feroz, cuerpo a cuerpo,

donde no se dio ni se pidió cuartel. A tan corta distancia les correspondió destacado papel a las cortas bayonetas y a los revólveres recién incorporados al armamento de las tropas de línea. Amanecía cuando los indios iniciaron la retirada. Dejando a Desiderio Santillán en poder de los defensores.

Como el oficialito a cargo del fortín era formal y puntilloso, presidió un consejo de guerra que juzgó al Renegado. Y que lo condenó a muerte según correspondía.

Si bien la ejecución de las sentencias de muerte suele realizarse al amanecer, en este caso se prefirió no demorarla. Y Santillán fue fusilado a media tarde.

-Esa es la historia contenida en el parte que llegó a mis manos. Vinculada con la del *Fortín Cortaderas* que se levantaba aquí, en un lugar que no sabría situar de esta estancia.

-¿Cómo decís?

-Que el *Fortín Cortaderas*, abandonado cuando se adelantó la línea de frontera, quedó dentro de la concesión de tierras con que se premiaron los servicios del coronel Casimiro Godoy, abuelo materno de tu padre y, por lo tanto, bisabuelo tuyo.

-Pero esto es asombroso. Nunca nadie me habló de eso.

-Es que tu padre no se interesaba mucho por las cosas del pasado.

-¿Y vos creés que se podrán hallar las ruinas del fortín?

-Pienso que sí. Las ruinas han de estar en algún rincón del campo. Y, también, quizá, flotando sobre nosotros, el vínculo trágico que relaciona el fin del Renegado y las muertes ocurridas ahora en *Las Dos Lagunas*.

-Me estás asustando.

-La presencia entre nosotros de un asesino justifica asustarse. Pero no la maldición del fortín, pues Dios no permite que esas cosas nos hagan daño. Por otra parte, el amor termina por derrotar al odio... Yo así lo veo. Y lo siento.

Nuevamente reunió Martiniano a los invitados de White Godoy en el *living* de la estancia. Las luces estaban encendidas porque se había puesto el sol. Los circunstantes fueron ocupando sus lugares ya que, como suele ocurrir, cada uno volvía a sentarse donde antes lo había hecho. El policía se situó frente a la chimenea, bajo la cabeza de jabalí. Y, sin mayores preámbulos, dijo:

Señores. Lamento que cada una de estas riunionen sea ocasión para comunicarles una nueva desgracia...

Ante semejante comienzo, hubo un movimiento de alarma entre los circunstantes y un cuchicheo recorrió la sala.

¡Dios mío, otra desgracia!

¿Pero de quién se puede tratar? Me parece que estamos todos los que estuvimos aquí la última vez.

Esto ya no se puede mantener en secreto. Si no se descubre pronto al asesino debe intervenir la Federal.

Alguien me ha dicho que una maldición pesa sobre la estancia. Además de la policía, debería venir un cura y bendecir la casa.

Pero, realmente ¿será uno de nosotros? Me resisto a creerlo

-Silencio, por favor- pidió Martiniano. -Les comunicaré las últimas novedades y les haré conocer qué se hará hoy y mañana. Que será el último día que pasarán aquí. Porque le pediré al señor Grisetti... ¿Me escucha, señor Grisetti?

-Sí, lo oigo.

-Le pediré, le pido, al señor Grisetti, que haga lo necesario *pa* que algún tren enganche los vagones especiales a partir de pasado mañana y todos ustedes puedan regresar a la capital. *Güeno*, casi todos ustedes puedan regresar a la capital. Porque uno no volverá a *Güenosaire*.

Los oyentes tardaron algo en interpretar la alusión del policía. Hasta caer en la cuenta de que se estaba refiriendo al asesino, que

confiaba detener y poner a disposición de la justicia. A mayor abundamiento preguntó Pitusa:

-¿Nos está diciendo que uno de nosotros se quedará porque usted habrá descubierto quién es el asesino?

-Eso es lo que estoy diciendo.

-Me alegra que así sea, ya que no podré mantener mucho tiempo mi compromiso de no informar al diario.

-Antes de mañana a la noche *usted* podrá mandar a su diario las noticias sobre estos tristes sucesos.

-Muy bien. Pero todavía no nos ha comunicado la nueva desgracia que anunció.

-Es una desgracia a medias... Porque tengo que hacerles saber la muerte de un criminal. Se trata de un homicida bastante famoso, llamado Catalino Domínguez, que hemos encontrado muerto de un tiro. Pero hasta la muerte de un asesino es una desgracia. Aunque no sea una desgracia tan grande como la muerte de un hombre honrado.

-¿Dónde apareció? -quiso saber Humberto Gigliotti.

-En el pozo del molino que está en la granja.

-¿Y cuáles eran los antecedentes de ese hombre? -quiso saber Leandro Pimentel, pregunta que puso nervioso a González Delfino,

quien no ignoraba la relación que había existido entre Catalino y el partido que él presidía.

-Era hombre de *acción* al servicio de un partido político. Aparte de eso, *jue* un criminal capaz de cualquier cosa, autor de varios asaltos a mano armada en que murió gente indefensa. Y provocó peleas con ventaja para *estender* su fama de cuchillero a costa de *víctimas* que ni siquiera le podían hacer *juerza*.

-¿Cómo murió?

-De un tiro en medio del pecho. Le tiraron con munición perdicera. Mañana por la mañana *El Turco* Mustafá se encargará de enterrar los muertos en el cementerio del pueblo. Después nos reuniremos aquí por última vez.

VI ENTIERROS Y DESENTIERROS

El cementerio de Coronel Godoy es un retazo de pampa circunscripto por una tapia perimetral discontinua. Discontinua porque parte de ella se ha venido abajo y, allá en el fondo, ha sido reemplazada por un alambrado de seis hilos.

Un alarife napolitano, con inquietudes artísticas, se había encargado años atrás de proporcionar al camposanto una portada a la altura de las promesas del delegado municipal en funciones quien, durante la campaña que le permitió alcanzar su cargo, insistió respecto a que había que dotarlo de una entrada digna, considerando vergonzoso que hubiera que acceder a él por medio de un guardaguanado. La obra del italiano consistió en un pórtico de material, provisto de cuatro columnas panzonas, coronadas por un frontis triangular rematado por una cruz.

A la derecha del pórtico se alza una construcción cuadrada, que alberga los nichos puestos a disposición de cuantos vecinos prefieran arrendarlos para brindar descanso a sus difuntos.

Una calle de cipreses divide la fracción por mitades y llega hasta el sector previo al alambrado, donde campean cardos y paja brava. Antes está la zona de tumbas modestas, conformadas por un lomo de tierra cercado por una vuelta de ladrillo o por estrechas barandillas de metal oxidado. Allí, la mayoría de las cruces son de fierro y algunas lucen un corazón de chapa con el nombre del muerto y la fecha del deceso.

Sobre la calle de cipreses y próximos a la entrada, aparecen los mausoleos correspondientes a las familias caracterizadas de la localidad. Panteones con puertas de reja y dinteles donde se lee el apellido de sus titulares. Uno de ellos, el más importante, es el de los Godoy y cuenta con una cúpula pintada de negro. En lo alto de la cúpula hay una estatua que representa *La Fatalidad*, postrada junto a una columna trunca.

Hacía bastante calor esa mañana y, en uno de los cipreses, se había posado un chimango

El cortejo que se acerca al cementerio es nutrido y desigual.

Nutrido porque todo el pueblo se ha sumado a él, en parte para acompañar a la familia del fundador y en parte por curiosidad nomás, ya que no resulta de prever que se repita pronto un entierro de tales características.

Desigual porque desiguales son los finados. Uno, un prócer lugareño. Otra, una forastera de fama equívoca. El tercero, un marido engañado y, por último, un criminal famoso, cuya inhumación costeó, caritativamente, el suboficial Martiniano Galíndez, titular del destacamento policial. Suma de difuntos que le permitió hacer su agosto a la cochería *Las Diez de Últimas*.

Como hace ya días que no llueve, los caminos se han ido oreando, tornándose transitables, cosa que permite avanzar al cortejo rumbo al cementerio. En él hace punta el coche fúnebre de Mustafá, tirado por una yunta de oscuros, donde viaja el cajón de White Godoy. Lo sigue el *break* de la estancia, con los de Griselda y su marido. Detrás, el Ford A del sacerdote que oficia misa los domingos en el pueblo y que, convocado de urgencia, ha llegado desde una localidad próxima. Y, tras el coche del cura, el auto y la *rural* de *Las Dos Lagunas* con la familia White y algunos de sus invitados; otros ocupan la volanta conducida por don Justino.

A continuación marchan las fuerzas vivas de Coronel Godoy, o sea el Delegado Municipal, el suboficial Galíndez, el encargado de la oficina de telégrafo, la directora de la escuela *Bernardino Rivadavia*, el gerente de la cooperativa agraria, el jefe de estación, la modista, el boticario, el dueño del almacén de ramos generales y una delegación del club *Flores que surgen*. Cierra la comitiva una chatita que lleva los restos de Catalino Domínguez.

Alguna confusión y cierta perplejidad se ciernen sobre la concurrencia pues, así como predomina un sentimiento de solidaridad hacia los descendientes del fundador, que han seguido favoreciendo al pueblo en muchos sentidos, tampoco ignora nadie que las muertes de White Godoy y de dos de sus huéspedes se produjeron en circunstancias poco claras y eventualmente indecorosas. A lo que cabe agregar que el otro muerto es un asesino que ha cumplido condena y que, para peor, se afirma que mantenía cierta relación objetable con el partido político al que pertenecía el dueño de *Las Dos Lagunas*.

Estas y otras razones han puesto en situación incómoda a Dante Petorutti, Delegado Municipal, que deberá pronunciar algunas palabras en el entierro y no está muy seguro respecto al tono y contenido de las mismas. Pertenece al partido radical, opositor al de White, de manera que resultaría chocante no exaltar la memoria de éste, lo cual se supondría producto de sus diferencias políticas. Pero, al mismo tiempo, no quiere excederse en los elogios mientras no se aclaren las causas de su muerte.

Para el cura, el padre Ponferrada, la cosa resulta más sencilla: a él no le corresponde juzgar conductas ni rendir homenajes, de manera que se reducirá a implorar la misericordia del Altísimo en favor de aquellas almas que ya han ingresado a la eternidad.

En todo esto venían pensando *El Gringo* y el cura cuando el cortejo llegó al cementerio.

Los empleados de *Las Diez de Últimas*, secundados por personal de *Las Dos Lagunas*, bajaron los ataúdes y se atuvieron a las indicaciones de índole ceremonial impartidas por Grisetti. El de Alberto White fue colocado ante el panteón familiar, donde el Padre Ponferrada pronunció una breve homilía y rezó un responso. Seguidamente, *El Gringo* dijo:

En nombre del municipio cumplo el penoso deber de despedir a un descendiente de nuestro fundador, desaparecido en circunstancias

que hacen más penosa su partida. Pese a que hemos militado bajo banderas políticas diferentes, un trato cordial caracterizó nuestras relaciones y resultaría una ingratitud por mi parte no expresar el reconocimiento de este pueblo hacia quien, en numerosas oportunidades, se preocupó por su adelanto y por la suerte de sus pobladores. Doctor Alberto White Godoy, descanse usted en paz.

Dudó el público respecto a si correspondía aplaudir o no al orador, pues no tenía en claro si se podía hacerlo en los entierros. De modo que, demorados, se oyeron tres aplausos y algunas toses. Luego, el propio Mustafá y dos dependientes de *Las Diez de Últimas* metieron el cajón en la bóveda, movilizándose el cortejo en dirección a la sepultura, recién abierta, donde reposarían Griselda y su marido. El siempre eficaz Grisetti se había encargado de gestionar del Delegado Municipal la cesión de una parcela, situada al final de la calle de cipreses, en la frontera con la zona modesta. Allí el trámite fue rápido, reducido a un responso sin homilía ni discursos. Concluido aquél, los concurrentes iniciaron la retirada.

De Catalino sólo se ocuparon el Padre Ponferrada, el suboficial Galíndez y el enterrador municipal. El primero leyó su tercer responso del día, el segundo se santiguó y acompañó el rezo del Padrenuestro, mientras el último procedía a cubrir con tierra las cuatro tablas del ataúd.

Durante el transcurso de aquellas ceremonias póstumas, los presentes se comportaron de modo diverso, bajo la atenta mirada de

Martiniano, que procuró relacionar las reacciones de cada cual con la hipótesis que había elaborado para explicar las muertes ocurridas en esos días, como una confirmación de la leyenda sombría que signaba *Las Dos Lagunas*.

Matilde Palacios estuvo a la altura de las circunstancias. Soslayando chismes y habladurías acompañó a su marido hasta el final, recibiendo con circunspección los saludos de pésame que se le dirigieron.

Su hijo Albertito navegó sobre los sucesos sin prestarles mayor atención, aunque su desarrollo lo había transformado en huérfano y en propietario de la estancia, junto con su madre y su hermana Patricia.

Ésta se veía afligida y, alternativamente, se apoyaba en el hombro de doña Matilde o en el de López Terrero que, de cuando en cuando, le ofrecía el pañuelo para que enjugara sus lágrimas.

Oswaldo Grisetti se condujo con su habitual eficacia, interviniendo oportunamente cada vez que fue necesario.

González Delfino conversó permanentemente por lo bajo con Leandro Pimentel, valorando las alternativas que la desaparición de White abría en el panorama político bonaerense.

La hija de Pimentel, aunque casi no hubiera tenido relación con los fallecidos, se mostró francamente afligida y lloró en varias oportunidades.

Gigliotti y su mujer no parecían muy sinceros al dar estridentes muestras de pesar. Disimuladamente él miró su reloj con frecuencia, deseoso de que aquello concluyera de una vez.

Pitusa Langoni lo observaba todo y tomaba nota en su agenda de tapas color naranja.

Laurencena, Pirovano y Devoto seguían juntos, decían inconveniencias y se reían entre ellos desaforadamente, suscitando reprobaciones expresadas en repetidos chistidos.

Poco antes del mediodía, de vuelta en la estancia, Patricia y López Terrero abordaron a don Justino preguntando aquél:

-Dígame, don: usted conocerá este campo como la palma de su mano.

-Pienso que sí, *dotor*.

-Entonces ¿no habrá visto aquí unas ruinas, que podrían ser las de un antiguo fortín?

-¿Cómo dice, *dotor*?

-Sí, unas ruinas, rastros del fortín que alguna vez existió en estos lugares.

-No sabía que *haiga* habido aquí un fortín.

-Pues lo hubo y tuvo lugar en él el fusilamiento de un desertor, cosa que tal vez diera origen a la maldición que dicen pesa sobre *Las Dos Lagunas*.

-Lo de la maldición sí lo escuché, pero *inoraba* de *ande* salió. De cualquier forma, nunca le llevé el apunte porque en la estancia jamás pasaron cosas raras... hasta ahora. Pero volvamos a lo del fortín ¿así que aquí hubo uno?

-Puedo asegurarle que sí y se llamaba *Fortín Cortaderas*. Haga memoria, don. Piense en una loma, seguramente cerca de una laguna... Poco ha de quedar de él pero algo habrá, restos de un zanjón circular, tal vez postes de madera dura, pedazos de vidrio o de metal, qué sé yo...vestigios de una población.

-Pues sí, *dotor*. En el cuadro del fondo, justamente en una loma y cerca de una laguna hay cosas como las que *usté* dice. Siempre pensé que sería la tapera de algún puesto viejo que no alcancé a conocer.

-Eso es lo que buscamos. Porque ha de ser lo que queda del *Fortín Cortaderas*. ¿Le puede explicar a Patricia cómo se llega hasta allí?

-Vea, niña, lo que yo creía una tapera queda en el lote 3, en la loma que está llegando a la laguna *De las Nutrias*, que le dicen...

-Sí, sí, ya me ubico ¿me puede hacer atar el *tonneau* para ir a curiosear?

-Cómo no. Pero no se demoren porque el comisario nos quiere ver a todos juntos, en la estancia, a las seis de la tarde.

-Lo tengo presente. Aunque nos da tiempo. ¡Ah! y que pongan una pala en el *tonneau*.

Se ve bonita la campaña bonaerense en un mediodía luminoso de otoño. Los amagos de tormenta se han diluido y una brisa fresca llega del poniente. Largos planos, verdes o amarillentos, se suceden hasta el lejano horizonte, cuya línea sólo altera algún montecito azulado. Un camino que no es tal bordea el pentagrama del alambrado y, de vez en cuando, una perdiz inicia su vuelo, breve y súbito.

El *tonneau* es un cochecito de dos ruedas al que se accede por atrás, con asientos enfrentados y su caja tejida al modo de una canasta. Lo tira un petizón robusto, zaino, que Patricia gobierna con mano firme.

López Terrero la mira de reojo y corrobora el buen porte de la chica, morena, con el pelo corto y una distinción innata en sus movimientos, que acredita buena raza. Va en cabeza, con una camisa blanca y pantalones color crema. Aunque para conducir un carruaje se han de tomar las riendas con las dos manos, Patricia, experimentada, lo hace sólo con la izquierda. Y, pese a que la pérdida de su padre en

circunstancias trágicas la acongoja, disfruta ese momento que conjuga la visión de la llanura, que le es tan familiar, y una compañía que aprecia cada vez más.

También ella ha mirado de reojo a su compañero de excursión y aprobado su aspecto. No es hombre de campo y no pretende aparentarlo, lleva un pantalón de hilo crudo y una camisa militar, con presillas sobre los hombros. Tiene el pelo castaño, alborotado, los ojos claros y cierto aire de resolución.

A la derecha, más allá del alambrado, aparece la laguna *De las Nutrias*. Esmaltada por bandadas de flamencos y matizada por juncales que acreditan se trata de un espejo de agua dulce.

Y, del mismo lado del alambrado por donde marcha el *tonneau*, se alza la loma que constituye el objetivo de la expedición. No es muy alta pero sí lo suficiente para superar el nivel del potrero. Fijada parcialmente con *Pasto Llorón*, a fin de evitar que se la lleve el viento, en su cresta amarillea la arena.

-Esa es la loma que buscamos -informó Patricia.

-Ya me parecía. Tiene el aspecto que era de prever y está situada donde corresponde para haber sido el emplazamiento de un fortín. Es decir, tan elevada como para poder mirar a lo lejos desde el mangrullo y con una laguna cerca para que beba la caballada.

-A mí me emociona un poco topar con estos testimonios del pasado nacional. Que fue un pasado forjado por hombres valientes, alguno de los cuales perteneció a mi familia.

-Yo soy más nuevo que ustedes aquí. Pero los míos también contribuyeron de otro modo a la grandeza del país. Fueron gente de trabajo y hasta hubo algún científico entre mis mayores. Sin contar argentinos viejos de los que descendo por vía materna.

Ya próximos a la loma, Patricia desvió hacia su izquierda, haciendo avanzar la carrindanga a campo traviesa, hasta detener la marcha para seguir a pie. Descendieron y la chica ató el petizo a una mata de *paja brava*, transformada así en *estaca pampa*. Después los muchachos encararon la pendiente a pie.

-Fijate por dónde caminás porque, en cualquier momento, podemos encontrar restos del fortín -previno Horacio.

-Me estoy fijando.

Y pronto la atención de la chica tuvo su premio. La mitad de una tijera de esquilar, oxidada, apareció entre el pastizal. La levantó y se la mostró a su compañero.

-Ahí tenés -comentó éste. -Esa media tijera, atada a la punta de una tacuara, muchas veces servía de lanza antiguamente. Era un sistema sencillo para hacerse de un arma y no sólo lo utilizaban los indios sino también los milicos, cuando no disponían de lanza reglamentaria.

-¿Los soldados combatían con lanza?

-Generalmente con sable, pero no desdeñaban la lanza llegado el caso.

-¿Y usaban armas de fuego?

-Sí, el fusil y la carabina *Remington*. Casi inútiles cuando se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo. El revólver vino tardíamente a la frontera y sólo contaban con él los oficiales y algún suboficial.

-¡Acá hay más cosas!

Efectivamente, pedazos de adobe, un porrón de ginebra desportillado, dos cartuchos de bronce manchados de verde. Pero lo que más llamó la atención de los visitantes fue advertir la señal clara de lo que un día fuera el foso perimetral del fuerte. Aunque el transcurso de los años lo había ido allanando, resultaba fácil advertir su traza, envolviendo el recinto central del mismo. Donde abundaban los vestigios que confirmaban su emplazamiento.

No les hizo falta a los muchachos valerse de la pala, pues les bastaba agacharse para hacer una discreta cosecha de elementos tales como un tintero de barro cocido, más cartuchos de *Remington*, un vaso de pulpería, una bayoneta partida, varios botones de bronce con el escudo nacional, un freno *mulero*...

Suficientemente explorado el sector, advirtió López Terrero que tendrían que emprender el regreso para llegar puntualmente a la reunión convocada por Martiniano Galíndez.

-Bueno- dijo -va a haber que pegar la vuelta. Y no me negarás que ha sido una linda experiencia.

-Interesantísima. Y yo que me he pasado la vida en este campo, sin advertir que tenía todo esto al alcance de la mano.

-Algún día tendremos que volver. Con un arado para desenterrar más cosas, que ahora no están a la vista. ¿Volveremos juntos?

-Por supuesto.

VII

ÚLTIMO ACTO

Atardecía cuando el conjunto de invitados se reunió por última vez en el cuarto principal de *Las Dos Lagunas*. De nuevo, rutinariamente, todos volvieron a ocupar los lugares que antes ocuparan. Patricia y López Terrero habían regresado de su excursión, que relataron a los presentes exhibiendo los frutos de la misma. Elementos que pasaron de mano suscitando comentarios admirativos. Carraspeó Martiniano para atraer la atención de los presentes.

-Buenas tardes, señores -dijo.

-Buenas -fue la respuesta, ambigua y algo tensa.

-Aquí estamos reunidos otra vez.

-Esperemos que sea la última reunión y que usted haya llevado su investigación a buen puerto- comentó Pitusa Langoni. -Yo esta noche hablo con el diario.

-Seguramente podrá hacerlo y transmitir toda la información que haya reunido.

-Eso espero.

-Y yo. Pero, antes de comunicarles mis conclusiones, quiero que escuchen a otra persona que les va a hablar.

Diversos comentarios se oyeron en la sala y Martiniano levantó la voz.

-¡Ciriaco!

-¡Ordene, señor!

-Hacela pasar a Ña Pancha.

El rumor subió de tono cuando, por una de las puerta-ventanas que dan al jardín aparece el preso, conduciendo gentilmente del brazo a la curandera del pueblo. Que muestra el peor de sus aspectos, como para no dejar lugar a dudas sobre su condición de bruja. Nariz ganchuda, varias verrugas, rodete canoso medio deshecho, un chal desteñido, pollera a media pantorrilla y alpargatas bigotudas.

Ciriaco deja a la vieja frente a la chimenea, apagada, bajo la cabeza embalsamada de jabalí y a la izquierda de Martiniano. Que vuelve a tomar la palabra:

-Ustedes no conocen a la señora- dice -pero ella los conoce a ustedes... Conoce muchas cosas.

-¿Cómo que nos conoce?- protesta González Delfino.

-Que sí, que los conoce- insiste el policía. -La señora tiene poderes y ve lo que otros no ven.

Ya era de noche y nadie había encendido aún las luces de la habitación. Lo cual pudo contribuir para que las palabras de Martiniano tuvieran un alcance inesperado.

-¿Se refiere usted a poderes sobrenaturales?

-No, no hablo de nada especial. Digo que la gente dice que la señora tiene poderes. Si son naturales o sobrenaturales no sé.

-¡Esto resulta poco serio!- objeta Pimentel. -La explicación de una serie de crímenes convertida en una sesión de brujería.

-No va a ser una sesión de brujería, *dotor*. Yo explicaré lo ocurrido, la señora atenderá a mis explicaciones y, si las puede ampliar, por el motivo que sea, tal vez agregue detalles que a mí se me *haigan* escapado.

-Me sigue pareciendo un procedimiento poco serio... irregular.

-Irregular no... digamos diferente. En otras oportunidades la señora me ayudó a resolver varios casos.

Aunque sigue reinando el escepticismo, algunos de los presentes se van dejando ganar por cierta curiosidad, por cierto interés y, en el caso de una de las personas allí reunidas, por cierto desasosiego (*¿cuánto podrá ver esta vieja?* se pregunta).

-Iré contando cómo sucedieron las cosas la noche en que ocurrieron las cuatro muertes que ensangrentaron *Las Dos Lagunas*,

como si respondieran a la maldición que, según cuentan, anda rondando la estancia. ¿Qué sabe de esa maldición, señora?

Con la mirada fija en el suelo, arrancó Ña Pancha:

-Son historias viejas que sólo conocemos los viejos. Sabrán ustedes que aquí hubo un fortín, el *Fortín Cortaderas*...

-Sí, ya sabemos- interrumpe Laurencena - Patricia y Horacio estuvieron hoy allí y han encontrado unas cuantas cosas del tiempo de los indios.

-Ya vé- confirma la bruja. -Como dije, aquí hubo un fortín. Y en ese fortín sucedieron desgracias. Un soldado *resabiao* se *resertó* y se pasó a los indios. Se hizo famoso en toda la Frontera Sur y lo llamaban *El Renegau*. Hasta que resolvió atacar de noche el *Fortín Cortaderas* con una punta de indios, para vengarse de los que habían sido sus compañeros. La pelea *jué* bravísima, en la *escuridá*, hubo muchos muertos, ganaron los milicos y a media tarde del día siguiente los *ajusilaron* al *Renegau*. Con esa historia empezó la leyenda.

No protestan ya los invitados por la presencia de Ña Pancha, a la que comienzan a escuchar con interés. En cuanto a López Terrero, susurra al oído de Patricia:

-¿Viste? La misma historia que yo te conté.

-Es cierto. Pero ¿a dónde quiere llegar Martiniano?

-No sé, pero me parece que sabe muy bien lo que se trae entre manos.

Retoma el policía la palabra e inicia la cronología de los hechos.

-Pese a la leyenda, aquí no había pasado nada hasta hace unos días. Mejor dicho, hasta la otra noche. Hasta la noche en que la muerte se presentó en *Las Dos Lagunas*... *vamo* a repasar los hechos.

-Métale, oficial.

-Suboficial.

-Está bien, pero métale.

-El momento en que se presentó la *fatalidá jué* un rato antes de la medianoche del martes *pasau*. Ustedes habían llegado en tren por la tarde y los *trajieron* de la estación antes que se pusiera el sol. Les mostraron el casco de la estancia y les ofrecieron una copa cuando ya era de noche ¿no es así?

-Sí, así es.

-Bueno, a ver doña Matilde. No es necesario que *usté* se quede porque voy a tratar asuntos que no lo dejan bien a su *finau* esposo.

-No se preocupe. Lo que tenga que decir, dígallo. Y lo que yo tenga que escuchar lo escucharé nomás.

Nuevamente la viuda daba prueba de su temple y Patricia le transmitió toda su solidaridad con la mirada.

-Entonces, sigo. Poco antes de la medianoche se escurren de la reunión el *dotor Uite* y la señora Griselda. *Naide alvierte* su salida pero tampoco *naide* los ve durante ese rato. Pero, ya muy cerca de las doce, todo el mundo recuerda la presencia del *dotor Uite*, que se hace notar charlando de grupo en grupo. Y alguien se da cuenta de un detalle importante: tiene los zapatos embarrados, señal de que ha andado *ajuera*. Recordarán ustedes que había llovido mucho y había barro por todas partes.

-Sí, así es

-*Deseguida* el *dotor* le propone brindar al *dotor* Pimentel y los dos dicen un discursito. Mal *pensau* que soy, eso parece lo que llaman una coartada, es decir una manera de dejar bien claro que, en un momento dado, uno no está en el lugar del crimen. *Dispué* se ha visto que el *dotor Uite* la llevó a la señora Griselda hasta la glorieta, donde alguno la mató. La pregunta es quién la mató. Porque los candidatos son tres: el propio *Uite*, el marido de Griselda o Catalino Domínguez que, según supimos luego, andaba cerca.

-Yo sé quién *jué*- interrumpió Ña Pancha.

-Cállese, señora- la reconvino el policía.

-Me callo, pero sé.

-Está bien: dígalo.

-*Jué* el marido.

-Pues sí. *Jué* el marido. Y les diré porqué pensé desde el principio que *jué* él. Primeramente porque el *dotor Uite* no parecía tener la *juerza* necesaria para acogotar a una mujer más vale grande. Además, no creo que tuviera el descaro de conversar con todo el mundo, brindar y despacharse un discursito enseguida de haber ahorcado a la señora Griselda.

-¿Y Catalino?

-Catalino era cuchillero. Un gaucho no se vale de las manos para matar. Mariani, en cambio, era muy grandote y todo indica que siguió a su mujer, la espío escondido entre los arbustos que rodean la glorieta, oyó la conversación que tuvo con *Uite* y, ciego de celos, la mató. La acogotó y, al darse cuenta de lo que había hecho, salió corriendo desesperado, encontró atado el *nochero*, lo enfrenó, lo montó y enderezó *pa* el monte donde una rama le dio en la frente, matándolo también.

-Así *jué*- aprobó la bruja.

-Claro que así *jué*. Pero alguno puede preguntar ¿y *jué pa* que la matara su marido que el *dotor Uite* la dejó sola a la Griselda en la glorieta, en plena noche? Yo también me pregunté eso y me contesté

que no. *Uite* no sabía que Mariani los iba a seguir. Su jugada no pudo ser esa.

-Catalino- acotó la bruja.

-¡Cállese, vieja! que no le he pedido opinión.

-*Ta* bien. Pero veo que el hombre que debió matar a Griselda era Catalino.

-Sí, yo también pienso que *jué* Catalino. Primero porque por algo estaba aquí, como se supo *dispué*. Segundo porque un criminal es la persona indicada para cometer un crimen... un crimen por encargo. Y, para mí, ese criminal estaba escondido entre los arbustos cuando apareció el marido de la mujer. Que la mató, ganándole de mano. Y aquí viene otra pregunta: ¿vio Catalino cómo Mariani mataba a su mujer? Pudo verlo o haberse alejado cuando se encontró con que allí también estaba Mariani. Porque una cosa es matar a una mujer indefensa y otra tener que lidiar con un gigante enfurecido.

-Catalino no vio cómo el marido mataba a su mujer- afirmó Ña Pancha.

-¿Cómo sabe eso?- terció Grisetti.

-No pregunte. Lo sé.

-Yo también lo creo- prosiguió el comisario- y *esplicaré* por qué. Fíjense ustedes que, no mucho después de la muerte de Griselda, un

cuchillero capaz de pegar una linda puñalada lo mata al *dotor Uite*. Ese hombre, *esperimentau* en el manejo del cuchillo y *acostumbrau* a matar no pudo ser otro que Catalino Domínguez. *Aura* bien ¿por qué Catalino lo mata a *Uite*, de quien había recibido el encargo de matar a una mujer que lo molestaba? Para imaginarlo hay que descubrir antes por qué se reunieron *Uite* y Catalino, a escondidas, en una usina abandonada. Y pienso que el motivo es que se juntaron para que *Uite* le pagara a Catalino el trabajo sucio que le había *encargau*. No quiero adelantar camino, pero confirma esta *posibilidadá* el hallazgo que hemos hecho de una *cantidá* importante, nada menos que sesenta mil pesos, escondida en el florero que está en el cuarto de uno de ustedes...

Alcanzado este punto de la explicación los presentes están pendientes de las palabras del policía. Que acentúa su efecto agregando.

-Hallar la plata fue muy útil para orientar la investigación. Y, como es una prueba importante, la voy a mostrar.

Con alguna parsimonia Martiniano saca del bolsillo un gran fajo de billetes, que presenta al público y se vuelve a guardar.

Ahora los circunstantes se miran unos a otros, preguntándose en poder de quién de ellos había estado el dinero. Cosa que todos ignoran, menos uno.

-Aquí tienen la plata que el *dotor Uite* iba a entregar a Catalino, después de confirmar que éste había matado a la señora Griselda.

Pero Catalino no había matado a Griselda y, *endemás*, pienso que no sabía que estaba muerta. De manera que, cuando *Uite* le dijo que no le pagaría hasta comprobar el cumplimiento de su tarea, Catalino le partió el corazón de una puñalada y le quitó la plata que el *dotor* tenía encima. Eso es lo que creo.

-¿No le parece una reacción desproporcionada por parte de Catalino?- se interesa López Terrero.

-Puede ser. Pero *oservé* que, si *Uite* descubría que Catalino lo engañaba, cobrando por algo que no había hecho, la situación de Catalino pasaba a ser muy comprometida. Por *esperiencia* propia sabía que *Uite* tenía influencias importantes. Tantas que había conseguido acortar su condena. Y, así como pudo sacarlo de Sierra Chica, podía volver a mandarlo allí. De manera que, *inorando* seguramente que Griselda estaba muerta, Catalino lo mata a *Uite*, se queda con la plata y se escapa. Pero alguien había visto toda esta escena... Ña Pancha sabe de quién hablo.

Imperturbable, la aludida asiente a lo dicho con un gesto.

-Y esa persona resolvió apropiarse del dinero que Catalino le había arrebatado al *dotor Uite*.

-Esto parece una novela policial- comenta Pirovano.

-Sigo con la novela. Esa persona, que se dio cuenta de que *Uite* se retiraba disimuladamente *dispué* de brindar con el *dotor* Pimentel, lo siguió hasta la usina, oyó por la ventana la conversación con

Catalino, *oservó* cómo Catalino lo mataba a *Uite* y se quedaba con la plata que éste tenía encima, siguió a Catalino en medio de la noche, vio dónde tenía su guarida, regresó a la casa, sacó el pistolón de la panoplia, volvió a buscarlo a Catalino, le pegó un tiro y escondió la plata en el fondo de un florero, volviendo a poner las flores en su lugar para que resultara difícil encontrarla.

-Me sigo preguntando si no son muchas suposiciones las tuyas- insiste López Terrero.

-Tal vez. Pero con algunas bases firmes. Aquí está la plata que apareció en el florero. El tiro que mató a Catalino se hizo con un arma que cargaba cartuchos con munición del 5, perdicera. Y la única arma que hay en la estancia y que tira con esos cartuchos es el pistolón de la panoplia. Además, cuando interrogué al señor Devoto, me dijo que había creído oír un tiro pasada la medianoche. Ese es el tiro que mató a Catalino.

-Enteramente cierto- corrobora la bruja.

-Les diré más -añade Martiniano -en esa arma quedó un cartucho servido y otro sin utilizar. No sólo eso: también quedaron huellas *datilares* que el departamento *escopométrico* va a analizar para demostrar quién fue el que la utilizó. El hombre que mató a Catalino Domínguez está perdido.

-¡¡No tan perdido!!- grita estentóreamente Osvaldo Grisetti, abandonando su asiento para, de un salto, llegar hasta el escritorio,

tomar el pistolón y, con él en una mano, aferrar a Patricia con la otra, apuntándole a la cabeza mientras vocifera:

-¡Nadie se mueva porque, de lo contrario, habrá otra muerte en *Las Dos Lagunas!*

Sin medir las consecuencias de su reacción, López Terrero encara a Grisetti y, con voz firme le dice:

-No se equivoque, Grisetti, efectivamente usted está perdido. No complique más su situación.

-*Endemás*- agregó Martiniano - yo le quité los cartuchos al arma que *usté* tiene en la mano.

Vacila un instante el aludido, considerando lo que ha oído. Vacilación que aprovecha López Terrero para meterle un perfecto *cross* de zurda que estalla en su quijada. Vuela el pistolón y otro golpe, un directo de derecha, alcanza a Grisetti en la nariz. Aturdido cae éste mientras Martiniano le coloca las esposas con destreza.

-Bien hecho, *dotor*- aprueba el policía.

No escucha López las palabras del comisario porque está en otra cosa. Patricia, conmocionada, se ha refugiado en sus brazos diciendo, escuetamente.

-Muchas gracias.

Concluida su tarea, Martiniano se dirige a los presentes diciendo:

-Señores, me encargaré de pedirle a don Justino que prepare los vehículos *pa* llevarlos al pueblo. Mañana temprano llega el tren que enganchará los vagones especiales y los pondrá de *güelta* en *Güenosaire*. *Usté*, señorita Langoni, puede informar a su diario todo lo que ha pasado aquí. *Güenas* noches.

EPÍLOGO

El tren que venía de afuera llegó en horario a Coronel Godoy, enganchó los vagones que allí permanecían desde días atrás y continuó su viaje hacia Plaza Constitución.

Tres de los invitados de White Godoy, incluido él mismo, no regresaron a la capital pues reposan en el cementerio local. Un cuarto, acompañado por dos vigilantes, abordó el furgón del tren recién llegado. Pero Grisetti no llegaría a Buenos Aires sino que lo bajarían en Bolívar, desde donde sería transferido al tribunal competente, que se haría cargo de su custodia y juzgamiento. También dormía en el cementerio Catalino Domínguez, cuya liberación intranquilizara en su momento al suboficial Martiniano Galíndez, titular del destacamento policial.

Algunas hojas amarillas se desprenden del álamo que sombrea el patio del destacamento pues, alejado el temporal que se abatiera sobre la provincia, disfruta el pueblo de un apacible clima otoñal. Josefa, la mujer de Galíndez, prepara un puchero de falda. Su marido medita sobre lo sucedido.

Coronel Godoy está de nuevo en calma.

¡A ver, Ciriaco, alcanzame un mate! -requirió el suboficial, dirigiéndose al preso que ha reasumido sus funciones en el

destacamento, acompañado ahora por el perro que fuera de Catalino Domínguez y que lo ha elegido como dueño.

Seguido por el perro apareció Ciriaco, pava en mano y arrastrando las alpargatas. Sentado en un banquito de tambero, inició cadenciosamente el rito prescripto para una buena cebadura. Cumplido el cual le alcanzó un mate al policía. Quien le dio una chupada y, como hablando consigo mismo, dijo:

-*Güeno...* ya se han *marchau* los forasteros. *Dispué* de tanta desgracia, al menos se pudo aclarar lo sucedido. ¿Y vos qué decís?-
inquirió, dirigiéndose al cebador.

-Yo no digo nada.

-Claro, nunca decís nada. Pero lo poco que decís me ayuda a pensar.

-Así será nomás.

-Tá que estás conversador...

-Y... cuando no hay nada que decir mejor no decir nada.

-*Vamo* a ver, sobre las muertes en *Las Dos Lagunas* ¿a vos todo te quedó claro?

-No, hay una cosa que *entuvía* no entiendo.

-¿Qué es lo que no entendés?

-¿*Pa* qué la hizo *dir* ayer a la curandera?

- Ña Pancha me debe favores, porque la dejó trabajar sin molestarla: otro capaz que se lo prohibía por ejercicio ilegal de la medicina que le dicen. Así que no se puede negar si alguna vez le pido que me de una mano.

- ¿Y *usté* cree verdaderamente que tiene poderes?

-No, qué voy a creer. Lo que pasa es que necesitaba aparentar que lo creía, *pa* impresionar a mis oyentes. *Pa* impresionar a uno de mis oyentes... La *alecioné* a la vieja y cumplió bien su papel.

-*Esplíquese.*

-Yo me había ido formando una idea bastante *aprosimada* del caso y vos me diste una mano grande para eso por dos razones: primero por tus *deducciones* bien rumboadas; segundo por haber hallado la plata que Grisetti había escondido. De manera que le tenía puesto el ojo al secretario de *Uite*. Pero no terminaba de ver por qué Catalino lo había matado a éste. Era claro que estaba la plata de por medio. Y era claro que, por algún motivo, *Uite* no le había querido pagar a Catalino o, por lo menos, había querido demorar el pago. Y ese motivo debía tener relación con el incumplimiento del encargo por parte de Catalino. Pero tenemos, *endemás*, que Catalino también aparece muerto y vos encontrás la plata en poder de Grisetti. Así que

Grisetti sabía que Catalino tenía esa plata. Y, para juntarse con ella, tuvo que ser él el que mató a Catalino.

-Hasta aquí vamos bien.

-Y ahí me pregunté ¿había venido armado Grisetti? ¿Dónde había conseguido un arma? Esta pregunta se contestaba fácil porque a Catalino lo habían matado de un tiro con munición del 5. Y esa munición la llevan los cartuchos de los rifles, escopetas o pistolones para cazar perdices. En la estancia no había rifles ni escopetas de ese tipo, pero sí el pistolón que estaba en la panoplia. Lo revisé, vi que todavía tenía los cartuchos puestos y que uno había sido disparado.

-¿Y es *verdá* que *usté* había retirado los cartuchos del pistolón?

-No, no es *verdá*. Cometí la *inquivocación* de dejarlos en el arma, sin pensar que Grisetti podía volver a usarla. Mi error casi le cuesta la vida a la niña Patricia. Diga que el *dotor* López Terrero intervino a tiempo...

-¿No cree que con todo eso se podía probar la *culpabilidad* de Grisetti?

-Seguro no estaba. Así que quise apretarlo, crearle una situación insostenible *pa* que él mismo se vendiera. Y llevé a la vieja a la reunión, mencionando sus poderes. Al principio *naide* se tomó en serio lo de los poderes pero, al rato, varios se preguntaban si no habría algo de cierto en el asunto. Y el primero que se lo preguntaba era Grisetti, que estaba cada vez más nervioso. Yo lo miraba de reojo

y lo *vía* sudar, aunque estaba fresco. Me tiré un lance, es cierto. Pero el lance me salió bien...Dame otro mate, Ciriaco.

Grisetti resultó condenado. Las crónicas de Pitusa Langoni fueron devoradas por el público que, finalmente, como sucede siempre, reemplazó las muertes de *Las Dos Lagunas* por otros asuntos que solicitaron su interés, tantas veces morboso. Martiniano devolvió a doña Matilde el dinero hallado en el florero. González Delfino reemplazó a White Godoy como candidato a gobernador por su partido. Y, tiempo más tarde, la revolución de 1943 suspendió por cierto tiempo las contiendas electorales. Horacio López Terrero y Patricia White se casaron un año después. Fallecida doña Matilde, Patricia le compró la parte a su hermano, quedándose con la estancia. Cuya leyenda sombría se fue diluyendo hasta pasar al olvido. Según era de prever, *El Bebe* Laurencena jamás pagó su deuda. A Ña Pancha se le apareció el diablo mientras realizaba ciertos conjuros que, a raíz del susto, dejó de practicar en adelante. *El Gringo* Petorutti llegó a ser diputado nacional en 1946. Ciriaco terminó como cabo de la policía bonaerense, conservando consigo el perro de Catalino Domínguez. Y, promediada la década de los 50, Martiniano Galíndez volvió a figurar en los diarios cuando resolvió un intrincado enigma policial que fue conocido como *El Caso del Difunto Locuaz*.

ÍNDICE

NOTA PREVIA.....	pág. 3
I - CORONEL GODOY.....	“ 5
II - UNA ESTANCIA ARGENTINA.....	“ 21
III - SANGRE EN “LAS DOS LAGUNAS”.....	“ 35
IV - SIGUEN LAS MUERTES.....	“ 59
V - LA MALDICIÓN DEL FORTÍN.....	“ 77
VI - ENTIERROS Y DESENTIERROS.....	” 85
VII - ÚLTIMO ACTO.....	” 99
EPÍLOGO.....	“ 113